

DIÁLOGO GLOBAL

7.4

4 ediciones al año en 17 idiomas

Conversación con
Kari Polanyi Levitt

La naturaleza del
trumpismo

En defensa de
la sociología
argentina

Peter Evans,
Raka Ray,
Cristina Mora,
Ruth Milkman,
Dylan Riley,
Cihan Tuğal,
Gay Seidman

Juan Piovani,
Fernanda Beigel,
Alejandro Grimson,
Agustín Salvia,
Berenice Rubio,
Gabriel Kessler

Columnas especiales

- > Recordando a Ali Shariati
- > La edición china de *Diálogo Global*

MAGAZINE



VOLUMEN 7 / NÚMERO 4 / DICIEMBRE 2017
<http://isa-global-dialogue.net>

DG

Asociación
Internacional
de Sociología
isa



Breve historia de *Diálogo Global*

D *Diálogo Global* comenzó en 2010 como un boletín de ocho páginas publicado en cuatro idiomas – inglés, francés, español y chino – y producido con un sencillo programa de Microsoft gracias al trabajo de cuatro personas. Siete años después se ha convertido en una revista de pleno derecho, con cuatro ediciones anuales, de unas 40 páginas cada una, publicada en 17 idiomas. En cada edición colaboran más de 100 personas de todo el mundo. Los 31 números publicados hasta la fecha incluyen alrededor de 550 artículos escritos por autores de 69 países. Desde un comienzo hemos tratado de que estos artículos fueran accesibles para todo público, tanto para facilitar la traducción como por principio de divulgación. La sociología, después de todo, tiene importantes mensajes, especialmente para un mundo que se encamina hacia múltiples desastres.

Mientras las modernas tecnologías a nuestra disposición pueden acelerar estos desastres, también nos ofrecen nuevas oportunidades. Los medios digitales hicieron *Diálogo Global* posible, aunque, cabe destacar, no sin el trabajo de muchas personas. Aunque la ISA sólo puede ofrecer una suma simbólica como contrapartida de su devoción, jóvenes sociólogos, guiados por colegas más experimentados, han aprovechado la oportunidad de traducir *Diálogo Global* a su propio idioma, especialmente para aquellos marginados en el proceso de globalización. Su entusiasta colaboración ha sido una de las cosas más estimulantes.

Desde un principio nuestro diseñador gráfico, August Bagà (alias Arbu), propuso dar a *Diálogo Global* una apariencia visual atractiva. Junto con Lola Busuttil, quien domina las tres lenguas de la ISA, se convirtieron en los directores editoriales. Lola supervisa toda la operación, asegurándose que cada edición en cada idioma cumpla con los más elevados estándares. De su trabajo conjunto ha surgido una revista hermosa y meticulosa, puesta al alcance de todos por Gustavo Taniguti, quien diseñó y mantiene el sitio web de *Diálogo Global*.

En mi rol como vicepresidente y luego presidente de la ISA tuve el privilegio de conocer a sociólogos de todos los rincones del mundo. Estos contactos dieron sustento al contenido de la revista. Cuando la tarea de editar los artículos en un formato accesible se mostró demasiado ardua le pedí ayuda a Gay Seidman. Antes de convertirse en una distinguida socióloga, Gay fue periodista y editora. Generosamente se ofreció para afrontar la frecuentemente desafiante tarea de tornar la “jerga sociológica” en un inglés simple pero elegante. Ella ha sido atenta en su trato con los autores y las autoras, efectiva y eficiente en la ejecución, y una consejera invaluable en todo momento.

Antes de que Gay aportara su destreza, un grupo de estudiantes de posgrado de Berkeley traducía al inglés los artículos recibidos en otros idiomas.

Hay muchos otros a quienes agradecer, pero en primer lugar debemos nombrar a Robert Rojek, que ofreció espontáneamente un financiamiento sin condiciones por parte de SAGE. Desde un comienzo Izabela Barlinska, genio organizacional y devota responsable de la ISA, ha sido la campeona de *Diálogo Global*. Durante estos siete años recibí el apoyo del Comité Ejecutivo de la ISA, sin el cual todo el proyecto nunca hubiera sido posible. Al terminar mi mandato como presidente, Margaret Abraham y Vineeta Sinha apoyaron con entusiasmo la continuidad de *Diálogo Global*. Contamos hoy en día con dos fantásticos nuevos editores, Brigitte Aulenbacher y Klaus Dörre, quienes llevarán la publicación a nuevas alturas. No duden en escribirles para proponer nuevas ideas o sugerencias tanto sobre los contenidos como sobre la dirección de *Diálogo Global*.

Al leer las páginas de esta revista se ven los flujos de la historia global. Comenzamos en 2010 con las secuelas de la recesión global de 2008 y el surgimiento de movimientos sociales optimistas – *Occupy*, la Primavera Árabe, Indignados y piqueteros, a la par de trabajadores, ambientalistas, feministas y otros movimientos por la justicia social. Pero a principios de 2013 comenzaron a formarse nubarrones en el horizonte, y fuimos testigos de un giro reaccionario y antidemocrático. Adoptamos a Karl Polanyi como nuestro profeta y reaprendimos lo que su obra *La gran transformación* nos había enseñado hace mucho tiempo: los movimientos en contra de mercados desbocados tienen tantas probabilidades de ser fascistas como socialistas, autoritarios como democráticos. Tenemos aún mucho que aprender de su análisis de las contradicciones entre capitalismo y democracia. Por eso resulta particularmente adecuado que la última edición a mi cargo abra con una conversación con Kari Polanyi Levitt, quien relata la vida y el mundo que le dieron forma a la genialidad de su padre.

A lo largo de estos siete años he tratado de crear simposios sobre una amplia gama de sociologías nacionales, pero nunca me ocupé específicamente de los Estados Unidos. En mi último número como editor de *Diálogo Global*, sin embargo, recurrí a siete amigos y colegas para que reflexionen sobre el ascenso del trumpismo desde la perspectiva de sus intereses individuales. Sus aportes enmarcan a los Estados Unidos en el contexto de un giro histórico y global hacia la derecha. Una de las características de esta era reaccionaria es que la propia sociología se ha puesto a la defensiva – no sólo frente al neoliberalismo, sino también frente al creciente autoritarismo. Científicos

sociales argentinos, liderados por Juan Piovani, han elaborado una defensa de la sociología a nivel nacional, realizando estudios que demuestran sus dimensiones profesional, política, crítica y pública. Cinco artículos representan su visión. Aunque este proyecto está en sus inicios, otras sociologías nacionales deberían tomar nota.

Por último, no debemos olvidar a nuestros predecesores – sociólogos que pelearon contra el autoritarismo, como el famoso pensador musulmán marxista Ali Shariati, que murió en 1977, justo dos años antes de la Revolución Iraní que él prefiguró. Sus ideas continúan problematizando esa revolución, tanto por lo que podría haber sido como por lo que puede ser. Hoy en día nos encontramos muy necesitados de este tipo de profetas, capaces de inspirar una sociología que logre un balance entre determinismo y utopía. *Diálogo Global* es un espacio en el que podemos colectivamente identificar e imaginar nuevas posibilidades, así como advertir contra la destrucción de nuestro pequeño planeta. ■



Kari Polanyi Levitt conversa con Michael Burawoy sobre su famoso padre, Karl Polanyi.



Peter Evans, Raka Ray, Cristina Mora, Ruth Milkman, Dylan Riley, Cihan Tuğal y Gay Seidman discuten los orígenes y significados del trumpismo.



Diálogo Global se hace posible gracias a una generosa donación de **SAGE Publications**.

Edición en español: ISSN 2519-870X

> **Diálogo Global** puede encontrarse en 17 idiomas en el [sitio web de la ISA](#).

> Las propuestas deben ser enviados a [Brigitte Aulenbacher](#) y [Klaus Dörre](#).

> Comité editorial

Editor: Michael Burawoy.

Editora asociada: Gay Seidman.

Editores jefe: Lola Busuttill, August Bagà.

Editores consultores:

Margaret Abraham, Markus Schulz, Sari Hanafi, Vineeta Sinha, Benjamín Tejerina, Rosemary Barbaret, Izabela Barlinska, Dilek Cindoğlu, Filomin Gutierrez, John Holmwood, Guillermina Jasso, Kalpana Kannabiran, Marina Kurkchiyan, Simon Mapadimeng, Abdul-mumin Sa'ad, Ayse Saktanber, Celi Scalón, Sawako Shirahase, Grazyna Skapska, Evangelia Tastsoglou, Chin-Chun Yi, Elena Zdravomyslova.

Equipos regionales

Mundo árabe:

Sari Hanafi, Mounir Saidani.

Argentina:

Juan Ignacio Piovani, Pilar Pi Puig, Martín Urtasun.

Bangladesh:

Habibul Haque Khondker, Hasan Mahmud, Juwel Rana, US Rokeya Akhter, Toufika Sultana, Asif Bin Ali, Khairun Nahar, Kazi Fadia Esha, Helal Uddin, Muhaimin Chowdhury.

Brasil:

Gustavo Taniguti, Andreza Galli, Ângelo Martins Júnior, Lucas Amaral, Benno Alves, Julio Davies.

India:

Rashmi Jain, Jyoti Sidana, Pragya Sharma, Nidhi Bansal, Pankaj Bhatnagar.

Indonesia:

Kamanto Sunarto, Hari Nugroho, Lucia Ratih Kusumadewi, Fina Itriayati, Indera Ratna Irawati Pattinasarany, Benedictus Hari Juliawan, Mohamad Shohibuddin, Dominggus Elcid Li, Antonius Ario Seto Hardjana.

Irán:

Reyhaneh Javadi, Sina Bastani, Mina Azizi, Hamid Gheissari, Vahid Lenjanzadeh.

Japón:

Satomi Yamamoto, Masataka Eguchi, Kota Nakano, Aya Sato, Kaori Saeki, Riho Tanaka, Marie Yamamoto.

Kazajistán:

Aigul Zabirowa, Bayan Smagambet, Adil Rodionov, Almash Tiespayeva, Kuanysh Tel.

Polonia:

Jakub Barszczewski, Katarzyna Dębska, Paulina Domagalska, Adrianna Drozdowska, Łukasz Dulniak, Jan Frydrych, Krzysztof Gubański, Sara Herczyńska, Kinga Jakiela, Justyna Kościńska, Karolina Mikołajewska-Zajac, Adam Müller, Zofia Penza-Gabler, Anna Wandzel, Jacek Zych, Łukasz Żołądek.

Rumania:

Cosima Rughiniş, Raisa-Gabriela Zamfirescu, Maria-Loredana Arsene, Timea Barabaş, Diana Alexandra Dumitrescu, Radu Dumitrescu, Iulian Gabor, Dan Gîţman, Alina Hoară, Alecsandra Irimie Ana, Alexandra Isbăşoiu, Rodica Liseanu, Cristiana Lotrea, Mădălina Manea, Anda-Olivia Marin, Bianca Mihăilă, Andreea Elena Moldoveanu, Rareş-Mihai Muşat, Oana-Elena Negrea, Mioara Paraschiv, Codruţ Pînzaru, Ion Daniel Popa, Anda Rodideal, Adriana Sohodoleanu.

Rusia:

Elena Zdravomyslova, Elena Nikiforova, Anastasia Daur.

Taiwán:

Jing-Mao Ho.

Turquía:

Gül Çorbacıoğlu, Irmak Evren.

Consultor de medios: Gustavo Taniguti.

> En esta edición

Editorial: Breve historia de *Diálogo Global* **2**

Génesis de *La gran transformación*: una conversación con Kari Polanyi Levitt por **Michael Burawoy, EE.UU.** **5**

> LOS ORÍGENES SOCIALES DEL TRUMPISMO

Detrás del nacionalismo económico de Trump por **Peter Evans, EE.UU.** **11**

Trump y el hombre blanco por **Raka Ray, EE.UU.** **14**

Inmigración y política en la era Trump por **G. Cristina Mora, EE.UU.** **16**

El ataque de Trump contra los sindicatos por **Ruth Milkman, EE.UU.** **19**

¿Un brumario estadounidense? por **Dylan Riley, EE.UU.** **22**

El ascenso de la derecha leninista por **Cihan Tuğal, EE.UU.** **25**

Dolencias democráticas en Brasil y Sudáfrica por **Gay W. Seidman, EE.UU.** **28**

> EN DEFENSA DE LA SOCIOLOGÍA ARGENTINA

Argentina bajo análisis por **Juan Ignacio Piovani, Argentina** **31**

Un mapeo de las ciencias sociales argentinas por **Fernanda Beigel, Argentina** **34**

Diversidad social y cultural en Argentina por **Alejandro Grimson, Argentina** **37**

Desigualdad social en la Argentina contemporánea por **Agustín Salvia y Berenice Rubio, Argentina** **40**

Explorando el capital social en Argentina por **Gabriel Kessler, Argentina** **43**

> COLUMNAS ESPECIALES

Ali Shariati, un olvidado sociólogo del Islam por **Suheel Rasool Mir, India** **46**

La edición china de *Diálogo Global* por **Jing-Mao Ho, Taiwán** **48**



> Génesis de *La gran transformación*

Una conversación con Kari Polanyi Levitt



| Kari Polanyi Levitt.

MB: *Comencemos por el principio. Estamos acostumbrados a considerar a Karl Polanyi como húngaro, pero en realidad él nació en Viena, ¿verdad?*

KPL: Así es. Mi padre y yo nacimos en Viena y mi madre en un pequeño pueblo cercano. Viena era, por supuesto, un importante centro de vida intelectual, la gran metrópolis del imperio austrohúngaro.

Su familia, es decir su padre y su madre, eran originarios de Viena. La madre, Cecilia Wohl, había sido enviada desde Vilna, en ese entonces parte de Rusia, para aprender un oficio. Como resultado de su educación hablaba tanto ruso como alemán. En Viena conoció al padre de Karl, Mihaly Pollacsek, un joven ingeniero judío húngaro. Él hablaba húngaro y alemán.

Karl Polanyi se ha vuelto un pensador canónico dentro y más allá de la sociología. Su libro *La gran transformación* se ha convertido en un clásico que toca casi todos los subcampos de la disciplina, y que extiende su influencia hacia la economía, la ciencia política, la geografía y la antropología. En las últimas cuatro décadas de pensamiento y práctica neoliberal, su crítica a la economía de mercado por la forma en que destruye el tejido social le han valido aún más seguidores. El libro es, a la vez, una investigación sobre las causas y consecuencias del proceso de mercantilización y un estudio de los movimientos contrarios que dieron luz tanto al fascismo y al estalinismo como a la socialdemocracia, lo que le da una obvia relevancia en el contexto global actual. Karl Polanyi vivió de 1886 a 1964. En esta entrevista, su hija **Kari Polanyi Levitt** describe su trayectoria y las influencias que lo condujeron a *La gran transformación*. También señala la relación especial que lo unió a su madre, Ilona Duczynska, una activista política e intelectual de toda la vida. Kari Polanyi Levitt rastrea las cuatro fases de la vida de su padre: la húngara, la austríaca, la inglesa y la norteamericana. La Dra. Levitt es una economista por derecho propio; vive en Montreal y es autora de numerosas publicaciones, incluyendo *From the Great Transformation to the Great Financialization* [De la gran transformación a la gran financiarización] (2013) y la compilación *The Life and Work of Karl Polanyi* [Vida y obra de Karl Polanyi] (1990). La presente entrevista es la síntesis de una conversación en público con **Michael Burawoy** al cierre del congreso Karl Polanyi – uno de los muchos en todo el mundo – organizado por Brigitte Aulenbacher y sus colaboradores en la Universidad Johannes Kepler de Linz (Austria) entre el 10 y el 13 de enero de 2017.

Así que al comienzo era una familia germanoparlante. Y no hace mucho me enteré, leyendo la correspondencia de mi padre, que recién aprendió húngaro cuando entró al *Gymnasium* en Budapest.

El período húngaro, que obviamente fue muy importante, también estuvo marcado por la influencia política rusa, a través de los socialistas rusos, muy diferentes de los socialdemócratas de aquel entonces. Era un socialismo más orientado a lo rural y al campesinado, con elementos anarquistas. Desde luego, las comunas eran una parte importante de esa formación política.

Y tendría que agregar que la influencia rusa se balanceó por el lado de su padre, que era anglófilo. Si hubo dos figuras literarias importantes en la vida de mi padre ellas serían Shakespeare – llevó consigo a la guerra un volumen en inglés de su obra – y, de entre los grandes escritores rusos, Dostoievski.

MB: Y también estaba la influencia de los revolucionarios rusos emigrados, en particular un hombre llamado Klatschko.

KPL: Sí, Samuel Klatschko era una figura extraordinaria. Vivió en Viena. Era un representante extraoficial que conectaba a los revolucionarios rusos con sus pares europeos e internacionales. Provenía de una familia judía de Vilna y pasó su juventud en una comuna rusa en Kansas, que no duró mucho tiempo. Se dice que cuando finalmente se disgregó, él arreó 3.000 cabezas de ganado hasta Chicago, y luego visitó el Sindicato Internacional de Mujeres Trabajadoras Textiles en Nueva York. Era un militante. La comuna de Kansas llevaba el nombre de un revolucionario ruso llamado Nikolai Tchaikovski.

Pero cuando Klatschko llegó a Viena entabló una cercana amistad con la familia Pollacsek, y comenzó a rastrear a los rusos que venían a la ciudad a comprar literatura marxista, o con cualquier otro propósito.

Mi padre me contó algo que nunca olvidaré – que estos hombres dejaron una gran impresión en él y en su primo Irvin Szabo, quien jugó un rol importante en la vida intelectual húngara y que también era una especie de socialista anarquista. Algunos de estos hombres no tenían zapatos, por lo que ataban diarios a sus pies. Mi padre estaba fuertemente impresionado por el heroísmo y el coraje de esta gente. Al fin y al cabo, mi padre tenía una visión... iba a decir “romántica”, pero en todo caso, muy respetuosa de estos revolucionarios – y particularmente de Bakunin quien, supongo, fue la figura más importante de todas, un hombre que logró fugarse de todas las prisiones de Europa.

MB: Y esta simpatía por los revolucionarios sociales continuó durante toda su vida, lo que explica en parte su ambigüedad hacia los bolcheviques.

KPL: Sí, continuó toda su vida. Explica su relación de antagonismo con la socialdemocracia rusa, que incluía lo que luego se convertiría en la facción bolchevique mayoritaria.

MB: Si no me equivoco, de estudiante su padre ya era políticamente activo.

KPL: Sí, fue el presidente fundador de un movimiento estudiantil llamado el Círculo de Galileo, cuya revista se titulaba *Szabad Gondolat*, es decir, “Libre Pensamiento”. Estaban en contra de la monarquía, de la aristocracia, de la iglesia y del imperio austrohúngaro. No era un movimiento socialista, aunque muchos de sus participantes lo fueran. Finalmente también incluyó jóvenes de los *gymnasiums* y de las universidades. En algún lugar leí que daba alrededor de 2.000 clases de literatura por año, por lo que su principal actividad era la educación.

MB: Y luego vino la Primera Guerra Mundial.

KPL: En la guerra fue un oficial de caballería en el frente ruso. La situación era horrible, tanto para los austrohúngaros como para los rusos. Allí contrajo tifus, una enfermedad terrible. Finalmente, según me dijo, cuando su caballo rodó sobre él, pensó que iba a morir pero despertó en un hospital militar de Budapest.

MB: Y al final de la guerra se dio la Revolución Húngara.

KPL: La Revolución Húngara de 1918 puso fin a la guerra y dio lugar a la Primera República, de la que el Conde Károlyi fue el primer presidente en otoño de ese año. Es por esto que se la suele llamar Revolución de la Margarita, del Crisantemo o con el nombre de alguna otra flor relacionada con el otoño.

Le siguió la breve Revolución de los Consejos, que terminó en agosto de 1919 cuando fue derrotada por una contrarrevolución que llevó a intelectuales, activistas, comunistas, socialistas y liberales húngaros a exiliarse en Viena, incluyendo a mi padre.

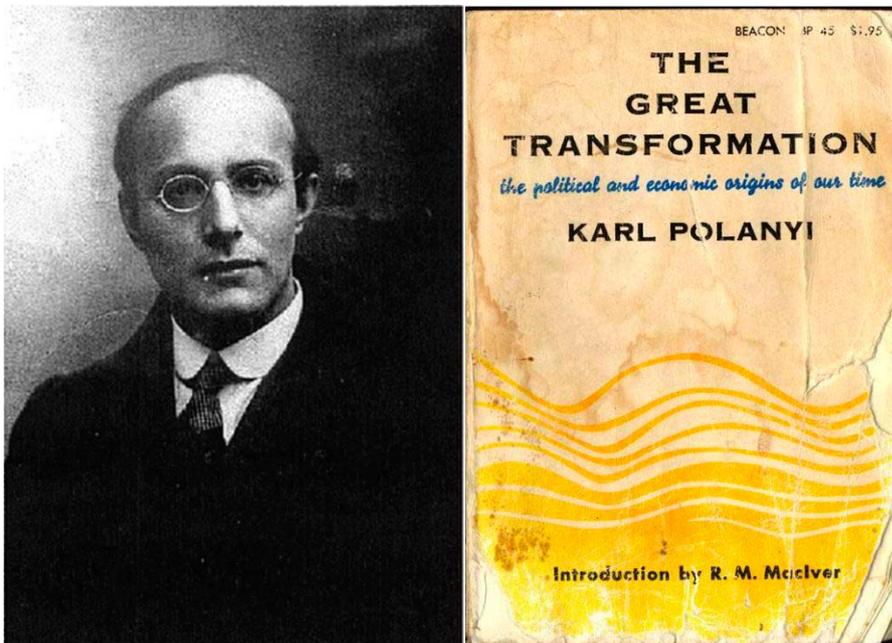
MB: Tu padre se fue antes de que terminara la revolución, ¿verdad?

KPL: Sí, se fue antes del final.

MB: ¿Cuál era su visión de la revolución húngara?

KPL: Era ambivalente, como muchos otros. Pienso que en un principio celebraron la formación de consejos en todo el país. Pero cuando los consejos decidieron la completa nacionalización de las empresas – de todo – creo que mi padre pensó que eso iba a terminar muy mal, y de hecho fue lo que sucedió.

MB: ¿Los líderes del Partido Comunista de Hungría escaparon de Budapest hacia Viena?



Karl Polanyi, autor de La gran transformación.

KPL: Sí. El Partido Comunista en el exilio tenía dos líderes, Béla Kun y George Lukács, entre quienes había cierta rivalidad. Hay una anécdota graciosa que involucró a mi madre, que pasó el año 1919 en Moscú trabajando con Karl Radek en la organización de las reuniones de la Segunda Internacional Comunista, gracias a sus habilidades lingüísticas y su educación. Finalmente, cuando estaba por volver a Viena, se le dio fondos para los comunistas húngaros exiliados, en la forma de un diamante escondido dentro de un pomo de pasta de dientes. Pero lo interesante es que se le pidió entregarlo a Lukács, ya que por ser hijo de un banquero tal vez sería más confiable que Kun.

MB: Pero en este punto su madre y su padre aún no se habían conocido. Recién lo harían en Viena al siguiente año, en 1920. ¿Estoy en lo cierto?

KPL: Fue un encuentro predestinado – en una casa de campo puesta a disposición de los comunistas húngaros y emigrados de izquierda por un simpatizante vienés. Por ser la predilecta de un grupo de jóvenes varones, según mi propia madre, nadie se hubiera imaginado que ella se sentiría atraída por un caballero diez años mayor, cuya vida parecía estar detrás de él, deprimido, y que garabateaba notas en un rincón...

MB: Pero tenían personalidades muy distintas. Ella era más activista y él más intelectual; ella dedicaba su tiempo a las trincheras y él al estudio.

KPL: Sí y no. En todos los lugares en los que vivió se involucró con el curso de los acontecimientos. Escribía artículos para el público general o para quien leyera lo que él tenía para decir – y publicaba con cualquiera dispuesto a hacerlo. Fue así en Hungría, en Viena y en Inglaterra.

Estaba fuertemente comprometido con el presente. Es verdad que era un intelectual, pero no uno de esos que

tiene una idea fija, una obsesión que llevan consigo de un lugar a otro. No, no, para nada.

En cuanto a mi madre, ella había comenzado sus actividades participando muy activamente a la Revolución Húngara, siendo ella muy joven: en cierta medida, nada de lo que hiciera después podría igualar eso. Y esto se reflejaba en cierta tristeza que la rodeaba. Cuando alcanzas tus verdaderas aspiraciones a una muy temprana edad – que es jugar un rol importante en la historia, en este caso en el movimiento comunista y socialista – nada de lo que hagas el resto de tu vida va a poder estar a la altura.

MB: Ambos atravesaron tristes experiencias, pero luego en 1923 algo muy especial sucedió: su nacimiento! Y sus padres rejuvenecieron.

KPL: Sí, según mi padre mi nacimiento lo ayudó a salir de la depresión, que era, como todas esas situaciones, una experiencia privada. Sin embargo, escribió mucho sobre ella y sobre lo que sentía como responsabilidad de su generación por todas las cosas horribles que habían sucedido, especialmente esa terrible, estúpida guerra sin sentido. Escribió mucho sobre la Primera Guerra Mundial – cómo fue que cambió tan poco. Según él, nunca estuvo realmente claro de qué iba. Fue simplemente una masacre terrible, un desastre humano. Y sentía la responsabilidad de su generación.

Me pregunto si este sentido de la responsabilidad social – por el estado del mundo y del país – fue una característica de esa generación y si es algo que ya no existe. ¿Hay todavía personas – incluyendo a los intelectuales – que tengan un sentido de responsabilidad por nuestra sociedad, en el modo que lo tuvieron él y muchos otros de su generación?

MB: Ciertamente fue una generación muy especial, y por muchas razones. Pero una de las razones fue la

Viena Roja – la reconstrucción socialista de Viena entre 1918 y 1933, en los años en que su padre estuvo en la ciudad.

KPL: Sí, la Viena Roja fue un episodio histórico increíble – un notable experimento de socialismo municipal. Fue realmente una situación en la que los trabajadores fueron privilegiados – en términos de servicios, de la construcción de hermosos complejos habitacionales colectivos, de los que Karl-Marx-Hof es, obviamente, el ejemplo más notable.

Pero no solo eso. La atmósfera y el nivel cultural eran realmente inusuales, ilustrado por el hecho de que Karl Polanyi, que no tenía ningún estatus ni era empleado por ninguna universidad, daba clases públicas sobre socialismo y otros temas. Podía desafiar el pensamiento pro-mercado de Ludwig van Mises en un reconocido periódico financiero. Mises le contestaba y mi padre respondía de nuevo. Había vida intelectual más allá de la universidad, en la comunidad.

MB: ¿Qué recuerdas de este período?

KPL: Yo no era más que una niña, pero recuerdo los maravillosos campamentos de verano en los lagos de Salzburgo, organizados por el movimiento socialista. Y la gente venía de todo el mundo a visitar la Viena Roja, como un ejemplo del mejor urbanismo moderno.

A pesar de que ni mi madre ni mi padre tenían un gran aprecio por la socialdemocracia, ambos admitieron luego que esos años en Viena – la así llamada Viena Roja – fueron notables y meritorios. Fue la única vez que escuche a mi madre decir algo positivo de los socialdemócratas. Mi padre, por cierto, tampoco era un gran entusiasta.

MB: En 1922 su padre escribió su famoso artículo sobre el cálculo socialista, que es una suerte de celebración de otro tipo de socialismo – el socialismo corporativo – que también fue influenciado por el socialismo municipal de Viena.

KPL: Bueno, mire. En aquel entonces no había ningún país en el mundo que tuviera una economía socialista, ¿no es cierto? Rusia estaba emergiendo de una brutal guerra civil. Por lo que había un debate sobre la posibilidad de organizar una economía nacional de corte socialista. Y Mises lanzó el primer disparo. Fue él quien escribió un artículo diciendo que esto es imposible – porque sin mercados para establecer precios no hay forma racional de adjudicar recursos. Estoy segura de que la mayoría de los que estudian economía están familiarizados con este argumento. Y luego Polanyi lo objetó, oponiéndole un modelo de socialismo cooperativo asociacionista, basado en parte en Otto Bauer, y en parte en G.D.H. Cole.

MB: ¿Cuál era la opinión de su padre sobre la Revolución Rusa de 1917, cuando estaba en Viena?

KPL: En primer lugar, la primera Revolución Rusa de 1917 – la Revolución de Febrero – fue la que puso fin a la guerra. Desde su punto de vista esto había sido algo maravilloso, ya que casi todo el mundo en Hungría quería que terminara esa guerra extremadamente impopular. Finalmente terminó, y yo creo que por eso la Revolución Rusa inicial debe haber sido bienvenida.

MB: ¿Y con respecto a la Revolución de Octubre?

KPL: Para Polanyi tanto la de Febrero como la de Octubre fueron revoluciones burguesas; la última ola de la Revolución Francesa cruzó toda Europa para llegar, finalmente, al país más atrasado del continente, que era Rusia. Esa era la forma en que él lo entendía.

MB: ¿Entonces, la verdadera revolución llegaría más tarde con el movimiento hacia la colectivización y los planes quinquenales?

KPL: Sí. Creo que él diría que el socialismo llegó recién con los planes quinquenales, luego de 1928 o 1929. Antes de esto, Rusia era una nación predominantemente campesina, un país agrario. Recientemente salió a la luz un interesante artículo escrito en Bennington en 1940, en el que habla del dilema interno ruso. Dicho de manera simple, la clase obrera, que era la base del Partido Comunista, controlaba las ciudades pero dependía del campesinado, que controlaba el abastecimiento de alimentos en las zonas rurales. Pero también había un dilema externo: los campesinos no podían exportar sus granos porque los mercados internacionales habían colapsado por la Gran Depresión, y los cereales eran el principal producto de exportación de Rusia en aquel entonces.

Esto contribuyó a la decisión de emprender la industrialización acelerada del país más atrasado de Europa – y encararla como un proyecto socialista de nacionalización – no sólo de la industria, sino también de la agricultura.

MB: Una situación paradójica, ¿verdad? Porque hasta el momento lo hemos escuchado apoyar a los revolucionarios sociales y a la idea de democracia participativa, pero ahora parece estar apoyando al estalinismo.

KPL: Sí. Pero como ya han dicho otras personas al referirse a la vida de mi padre, el contexto era muy importante. Justamente lo que hace tan atractivo a su pensamiento – aunque a veces lo lleve a contradicciones – es que no se rige por un principio único, por decirlo de algún modo. Se basa en situaciones y en sus posibilidades.

Esta es la primera polaridad: realidad y libertad – ¿cuál era la situación real y las posibilidades de Rusia en ese momento? Por un lado, había una revolución liderada por un partido proletario. Por el otro, un campesinado que no quería ser nacionalizado – quería la propiedad de la tierra, y lo consiguió. Y tenían mucho poder gracias al control del abastecimiento de alimentos.



Y luego había la situación internacional. Poco después llega el fascismo de la década de 1930. Recién cuando llega a Inglaterra mi padre se convierte en un fuerte partidario de la Unión Soviética, en el contexto de un conflicto inminente con el expansionismo alemán y el nazismo.

MB: Su padre parte de Viena en 1933.

KPL: Sí, deja Viena por la amenaza fascista. El comité editorial de la famosa publicación económica *Der Österreichische Volkswirt*, en la que él era entonces la principal figura editorial, tomó la decisión de que migrara a Inglaterra porque la situación política se había vuelto inestable. Su inglés era excelente, y tenía contactos. Entonces se fue a Inglaterra en 1933. Continuó contribuyendo con artículos desde allí hasta que la revista dejó de publicarse en 1938.

No se mudó toda la familia. Mi padre llegó en 1933. Yo fui enviada a Inglaterra en 1934 a vivir con Donald e Irene Grant, amigos ingleses muy cercanos que habíamos frecuentado en Viena. Eran socialistas cristianos y trabajaban en el Movimiento Estudiantil Cristiano de Gran Bretaña, enviando ayuda a los austríacos empobrecidos de posguerra. Yo me quedé con ellos, y mi madre vino en 1936, dos años después.

MB: Volvamos a tu padre, ahora en Inglaterra. ¿A qué se dedicó estando allí?

KPL: Cuando llegó en 1933 no tenía un trabajo fijo. Se mantenía con la ayuda de Betty y John MacMurray y de la familia Grant, pertenecientes a algo llamado izquierda cristiana. Eran socialistas cristianos. Había además comunistas y líderes religiosos, en su mayoría protestantes. Escribió un importante ensayo sobre la esencia del fascismo, que él consideraba una afronta a los valores cristianos, que sería incluido en un libro que coeditó, *Cristianity and the Social Revolution* [Cristiandad y Revolución Social]. Mi padre coordinaba también un grupo de estudio con sus amigos cristianos ingleses, enfocado en los dos volúmenes de los escritos tempranos de Marx, incluyendo *La ideología alemana* y los famosos *Manuscritos de París*, que recién habían sido publicados en 1932. Les leía estos textos, traduciéndolos al inglés sobre la marcha.

Estaba muy entusiasmado con estos trabajos. Recuerdo percibir el nivel de acuerdo que tenía con ellos. Yo considero a estos escritos tempranos de Marx como un punto de partida en común de Marx y Polanyi.

MB: Él dice lo mismo en *La gran transformación*. ¿Qué enseñaba, y cómo influyó Inglaterra en su pensamiento?

KPL: No fue sino hasta 1937 que Karl consiguió un empleo con la Asociación de Trabajadores de la Educación (WEA, por su sigla en inglés), un enorme y antiguo movimiento de educación de adultos, conectado en Inglaterra con el Ruskin College, que le permitía continuar sus estudios a personas de clase trabajadora que no tenían la posibilidad de ir a la universidad.

Mi padre tuvo la oportunidad de dar clases en dos localidades de provincia, Kent y Sussex. Ahí se quedaba a dormir con las familias. De esta manera pudo conocer de forma más íntima la vida de las familias de clase trabajadora, cuyas condiciones de vida lo dejaron impactado, así como, para ser sinceros, su bajo nivel cultural. Estaban menos desarrollados culturalmente que la clase obrera de Viena, aunque en términos monetarios Austria era un país mucho más pobre que Inglaterra.

La materia que se le pidió que enseñara era Historia social y económica de Inglaterra, de la cual no sabía nada. Para él fue entonces una etapa de estudio. Si mira al final del libro – *La gran transformación* – verá el enorme espectro de estudios que abordó. Es un caso muy parecido a los *Grundrisse* de Marx, que además se basa en las obras de autores similares – Ricardo, Malthus y otros – sobre las primeras etapas de la revolución industrial.

Mi madre escribió – y está en la introducción a un libro llamado *El sustento del hombre*, de publicación póstuma – que fue en Inglaterra donde se afianzaron en Karl las raíces de un odio profundo a la sociedad de mercado que despojaba a las personas de su humanidad. Así es como ella lo planteó.

“Permitir que el mecanismo del mercado sea el único regulador del destino de los seres humanos y del medio ambiente resultará en la destrucción de la sociedad”

Karl Polanyi

Por entonces, por supuesto, descubrió el sistema de clases de Inglaterra, que consistía en diferencias en las formas de hablar, y al que describió como similar a las castas en la India y la raza en los Estados Unidos.

MB: *En 1940 Karl Polanyi fue invitado a dictar seminarios en el Bennington College en los Estados Unidos.*

KPL: Sí, en Bennington recibió una beca de dos años de la Fundación Rockefeller para escribir *La gran transformación*. Contaba con el apoyo del presidente de Bennington, pero tenía que reportar a la Fundación Rockefeller. Todo lo que presentaba a ellos no les gustaba; tenían serias dudas acerca de su idoneidad para estar en la universidad.

Escribieron que en realidad estaba más interesado – y presten atención a la carga peyorativa – en “derecho húngaro, docencia en el *College* y filosofía.” Decir que estaba interesado en la filosofía era una forma directa de menosprecio. Sin embargo, le renovaron la beca. Y al final de los dos años – ya en 1943 – mi padre estuvo muy contento de volver a Inglaterra. Quería participar en el planeamiento de posguerra de Inglaterra.

Para este momento la batalla de Stalingrado había cambiado el rumbo de la guerra; estaba bastante claro que los Aliados iban a ganar. Y dejó los dos penúltimos capítulos de *La gran transformación* inconclusos. Si presta atención, verá que estos dos capítulos muestran las marcas de no haber sido terminados. No el capítulo final, sino los dos anteriores.

Si se hubiera quedado para terminar el libro, yo creo que el boceto propuesto para un libro llamado “El plan maestro del hombre común” es en realidad lo que hubiera incluido en estos dos capítulos. Algo por el estilo. Se lo dejó a unos colegas. Había muchas disputas y peleas en torno a estos dos penúltimos capítulos.

MB: *Pero finalmente volvió a Estados Unidos a trabajar en la Universidad de Columbia, aunque como su madre tenía prohibido residir en el país, terminaron viviendo en Canadá.*

KPL: La otra opción habría sido quedarse en Inglaterra, en donde mi padre podría haber continuado su trabajo para la WEA. Pero estaba claro que él realmente tenía algo para decir. Tenía un libro por escribir. Y tenía un trabajo por hacer. Y no iba a conseguir ninguna oferta de trabajo en universidades de Inglaterra. Esto estaba muy claro. Así que en 1947 llegó la oferta de Columbia, basada en La gran transformación. El libro tenía un prólogo de Robert Maclver, de la Universidad de Columbia, reconocido en las escuelas de economía por su institucionalismo, que encajaba, en cierto sentido, con la perspectiva de Polanyi.

Luego, en Londres, Ilona se enteró de que se le negaba el acceso a los Estados Unidos. Eso era un gran problema. Mi padre estaba muy, muy enojado. Quería que ella persuadiera a los norteamericanos para que cambiaran de opinión. Ella dijo que de ninguna manera, esa no era una opción.

Así que a él se le ocurrió la idea de que tal vez podrían construir un hogar en Canadá, y finalmente la convenció de que esa era una solución factible. Y ella acondicionó una hermosa casa para ambos en las afueras de Toronto, en una zona rural – una casa pequeñita. Era el año 1950. Él viajaba como un estudiante, desde Nueva York. Volvía para Navidad y Pascuas, y para las vacaciones de verano.

Cuando finalmente se retiró de la enseñanza, en 1953, pudo pasar más tiempo en Canadá. Sus estudiantes venían a verlo constantemente, así como muchas otras personas.

MB: *Y su investigación tomó una nueva dirección. Se interesó por los estudios antropológicos. Pero me temo que esa es una historia para otra conversación. Muchas gracias por este maravilloso relato de la vida de Karl Polanyi. Nos ha guiado en una extraordinaria prehistoria de La gran transformación. Creo que ahora podremos comprenderla mejor como producto de experiencias históricas muy distintas durante el siglo XX, y entender por qué continúa siendo tan importante en la actualidad. ■*

> Detrás del nacionalismo económico de Trump

por **Peter Evans**, Universidad de California, Berkeley, EE.UU. y miembro del Comité de Investigación de la ISA sobre Economía y Sociedad (RC02), Investigación de Futuros (RC07), Movimientos Obreros (RC44), Clases Sociales y Movimientos Sociales (RC47) y Sociología Histórica (RC56)



La retórica de “América Primero” del presidente Trump.

El “nacionalismo económico” tiene una venerable historia. Desde Alexander Hamilton y Friedrich List, hasta sus sucesores del siglo XX en América Latina, África y Asia, el nacionalismo económico ha sido una herramienta intelectual e ideológica de los países pobres para “alcanzar” a los países ricos. ¿Indican la retórica de Trump de “América primero” y el rechazo del Brexit a los vínculos económicos globales >>

de Gran Bretaña un nuevo “surgimiento del nacionalismo económico”? Una mirada más detenida sugiere que esta formulación es seriamente engañosa.

La versión de Donald Trump del “nacionalismo económico” combina una intimidación ineficaz con una retórica inaugural. “América primero” es el eslogan favorito de Donald Trump, pero mientras su versión del “nacionalismo económico” le debe su popularidad a los fracasos del capitalismo neoliberal global, no presenta amenaza alguna al capitalismo global. Una palada más de tierra sobre la tumba del difunto Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP, por su sigla en inglés) pudo haber dado un poco de alegría, pero pensar en cambios sustantivos en los acuerdos comerciales existentes parece quijotesco. Las exhortaciones que instan a las corporaciones estadounidenses a no llevar los puestos de trabajo al exterior son teatralidades excelentes, pero no hay evidencia de que estas súplicas logren perturbar las redes de producción global.

Entonces, ¿por qué ha sostenido Steve Bannon – quien fue, lamentablemente, lo más cercano a un estratega de “alta talla” en el grupo de Trump – que el “nacionalismo económico” es el segundo de los tres pilares clave del gobierno? Como Trump, Bannon entiende que el “nacionalismo económico” es un meme que puede utilizarse para explotar el resentimiento acumulado, complementando y ampliando las apelaciones racistas y xenófobas, al mismo tiempo que socava el establishment político existente.

Luego del fin de la “edad de oro del capitalismo”, hace ya más de cuatro décadas, la vida bajo el capitalismo neoliberal no ha sido amable para la mayoría de los estadounidenses. El estancamiento de los salarios se ha combinado con una realidad angustiante y degradante, a la vez que el ingreso y el privilegio se han concentrado más que nunca en el 0,001% más rico (recientemente mostrado por [Piketty, Saez y Zucman](#)). Para el cambio de milenio, la angustia se ha traducido en una nueva epidemia de adicciones, y una caída sin precedente histórico de la expectativa de vida para los hombres blancos menos educados.

El establishment político convencional de EE.UU. se encontró encajonado, poco dispuesto a arriesgarse a una movilización popular que confrontara con el poder del capital, pero a la vez imposibilitado de cambiar la trayectoria declinante del bienestar y el creciente enojo popular. Los políticos del establishment ya habían pasado por décadas de esfuerzos bipartidistas infructuosos para convencer a los estadounidenses comunes de que solo un régimen global basado en el “libre comercio” podría mejorar sus vidas.

La agresiva retórica de “nacionalismo económico” de Trump lo separó del vulnerable legado globalista de este tímido establishment. Al reducir los efectos estructurales

negativos del capitalismo a la debilidad de negociación con líderes extranjeros – debilidad que podría ser revertida por un negociador nacionalista beligerante – el nacionalismo económico distrajo la atención de la verdadera esencia de su política económica: permitir al capital apropiarse de una mayor parte de la plusvalía colectiva y remover regulaciones que ofrezcan algo de protección frente al comportamiento económico predatorio.

Posibilitar este juego de manos político vuelve al nacionalismo económico el “segundo pilar” de la agenda de Trump, que a pesar de ser uno de los presidentes estadounidenses menos populares en la historia política moderna, sigue contando con el nacionalismo económico como una de sus herramientas ideológicas más efectivas. Sin ello, la apelación al racismo y la xenofobia serían sus únicas armas ideológicas.

El Brexit aporta una mirada complementaria sobre la quiebra política del mantra que sostiene que “los mercados libres globales traen prosperidad a todos”. David Cameron pudo haber supuesto que los británicos comunes compartirían su entusiasmo por los banqueros de la City de Londres, cuyas ganancias se basan en una posición privilegiada en los mercados financieros globales. Pero su arrogancia le dio al pueblo británico la posibilidad de votar directamente sobre un aspecto específico de la globalización económica – algo que ningún político estadounidense, desde Clinton hasta Obama, se ha animado a permitir. El establishment británico está aún en shock frente al rechazo de la globalización.

Trump y el Brexit no amenazan la habilidad del capital global para obtener ganancias, pero pueden señalar (o quizá ratificar) un trastorno de la infraestructura política del neoliberalismo global. En el Norte global, las élites políticas ya no pueden dar por garantizada la máxima de Lenin de que “una república democrática es la mejor coraza política para el capitalismo”. Para las élites, permitir que los ciudadanos comunes voten sobre asuntos relacionados con el capitalismo global parece riesgoso. Recíprocamente, el electorado desconfía de las élites y duda de que la elección de líderes políticos de las listas habituales lleve a una mejoría en sus vidas. Tanto la élite como las masas cuestionan que los procesos democráticos liberales sean funcionales a sus intereses, y esto habilita la posibilidad, tal como lo señala Wolfgang Streeck, de que “el matrimonio por conveniencia entre el capitalismo y la democracia se esté rompiendo”.

En el Sur global, la cuestión se presenta de modo aún más severo. En él, los políticos entienden que deben maniobrar dentro del espacio político ganado por el poder del capital global y las reglas que éste ha impuesto. Xi Jinping se cuida de no sonar como un nacionalista económico cuando habla en Davos. Incluso las sorpresivas victorias de Brasil, China e India en la Organización Mundial de Co-

mercio (WTO, por su sigla en inglés) fueron discutidas en el terreno discursivo de las reglas de mercado neoliberales. En vez de proclamar la legitimidad de los objetivos nacionalistas, la estrategia fue golpear al Norte en su hipócrita negativa a cumplir con sus propias reglas de “libre comercio”. Aún sí, este no es el mundo que David Harvey describió hace una década, en el cual la ascendencia ideológica del neoliberalismo podía darse por sentada. Los presuntos gloriosos efectos de los mercados pueden haber embelesado a Deng Xiaoping, pero Xi Jinping no es un verdadero creyente. El Chile de Pinochet está muerto y una lealtad al neoliberalismo comparable con la del sudafricano Thabo Mbeki en el cambio de milenio parece difícil de encontrar.

Incluso con la pérdida de la fe en las fórmulas neoliberales, los líderes en el Sur global siguen siendo vulnerables al poder del capitalismo global, y rara vez tienen la opción de presentarse como nacionalistas económicos à la Trump. Sin la carta del nacionalismo económico, estos líderes se vuelcan a menudo hacia el racismo, la xenofobia y la represión cuando fallan las estrategias neoliberales.

La evolución de la Turquía de Erdoğan, descrita por Cihan Tuğal en *Diálogo Global* 6.3 (Septiembre de 2016) es una advertencia. Empezando por una nación que ha sido “la más secular y democrática en Medio Oriente”, el partido Justicia y Desarrollo de Erdoğan abrazó en primera instancia al capitalismo neoliberal. Luego, al descubrir que el capitalismo neoliberal no podía proveer una base material para la hegemonía política dentro de las reglas democráticas convencionales, el régimen se desplazó hacia lo que Tuğal considera un “totalitarismo duro” que se apoya en la “movilización de masas y el fanatismo.”

El régimen de Narendra Modi en la India es una variación del mismo tema. En un sistema en el que la democracia electoral secular (aunque muy imperfecta) logró sobrevivir a pesar de todo por 70 años, se han desatado formas más extremas de intolerancia religiosa. En el cambio de milenio, la adopción del capitalismo neoliberal dejó relegada a la mayoría de la población india, pero el Partido Popular Indio de Modi (BJP, por su sigla en inglés) desvió la atención de su estrecha conexión con el gran capital moviéndose hacia un franco chauvinismo hindú, lo que ha aterrado a musulmanes, al igual que a otros “outsiders” y a hindúes “desleales”.

Ya sea que el foco esté puesto en Trump o en el Sur global, las ganancias del comercio global y las redes de producción no se ven amenazadas por el “surgimiento del nacionalismo económico.” La amenaza real al bienestar de la gente común y de las comunidades es el surgimiento de estrategias políticas reaccionarias que apuntan a mantener el poder de las élites que carecen de la voluntad y la capacidad políticas para desafiar los severos efectos del capitalismo neoliberal global.

Donald Trump es una amenaza global, pero no porque sea un nacionalista económico, sino porque es el comandante en jefe del aparato militar más peligroso del mundo. A juzgar por las políticas reales llevadas a cabo hasta ahora, no es tanto un nacionalista económico como un político que descubrió que la retórica del nacionalismo económico es útil para distraer a sus votantes de su devoción a los aspectos más retrógrados del dominio capitalista. Otros líderes que deben convivir con los fracasos capitalistas, pero a quienes el poder del capital global en sus economías les impide jugar la carta del nacionalismo económico, tienden a usar estrategias aún más violentas para mantener el poder.

Ninguna lógica “inexorable” nos fuerza a aceptar el actual fracaso del capitalismo para proveer mayor bienestar, ni las horribles estrategias usadas por los líderes políticos para preservar su poder. A menos de que sean sacudidos por un shock de movilización progresista desde abajo, los establishments políticos siempre pensarán que las restricciones económicas excluyen la transformación; pero lo políticamente inesperado puede crear posibilidades no previstas así como reveses desalentadores.

Mientras los esfuerzos de Trump por disimular el retorno a una versión más reaccionaria del capitalismo invocando un pseudo-nacionalismo económico no le han permitido escapar de niveles record de desaprobación por parte de la población estadounidense, el político que actualmente goza de mayor aceptación es Bernie Sanders, quien hizo un intento creíble por hacer algo sin precedentes en la historia de los Estados Unidos – convertirse en el candidato presidencial de uno de los dos partidos principales presentándose como socialista. ■

Dirigir toda la correspondencia a Peter Evans <pevans@berkeley.edu>

> Trump y el hombre blanco

por **Raka Ray**, Universidad de California, Berkeley, EE.UU.



La clase trabajadora blanca, núcleo duro del apoyo a Trump.

Se ha vuelto un lugar común tanto en los medios como en la academia describir a gran parte de los votantes de Trump, así como a quienes asisten a las masivas protestas de derecha como las de Charlottesville, Virginia, como *angry white men*, “hombres blancos enojados”. *The Washington Post* se pregunta “¿Por qué tantos hombres blancos están tan enojados?” El sociólogo Michael Kimmel sugiere que los une el *aggrieved entitlement*, el sentimiento de perjuicio en lo que consideran ser suyo por derecho. Después de contar y analizar los votos de las últimas elecciones, quedó en evidencia un electorado bastante particular: el 71% de los hombres blancos sin títulos universitarios votó a Trump, al igual que más de la mitad de los hombres blancos con títulos de grado (53%).

Aunque mucho se ha dicho sobre lo que tanto la izquierda como la derecha suelen llamar el voto del “hombre blanco enojado”, yo sugiero que es necesario examinar más de cerca el asunto. Este grupo de votantes es al mismo tiempo blanco, masculino y de clase trabajadora; por lo tanto, raza, clase y género deben analizarse y comprenderse de forma conjunta.

En los Estados Unidos, el declive del fordismo y sus correspondientes “buenos” empleos no fue simplemente

una cuestión de clase. Durante todo el siglo XX el fordismo proveyó buenos trabajos en las líneas de montaje de bienes en serie, prometiendo empleos relativamente estables y pagando salarios altos que les permitían a los trabajadores comprar los productos que fabricaban. Pero en realidad el fordismo significaba más que eso: basado en la producción industrial a gran escala y el consumo interno, el fordismo nunca fue un mero aspecto de la economía capitalista. Al mismo tiempo reflejaba el patriarcado: su ideología se subsumía en el salario familiar – la idea de que un solo ingreso puede alcanzar para sostener toda la familia. El salario familiar implicaba, a su vez, una división del trabajo en la que el hombre se responsabilizaba por la producción, mientras que la mujer se encargaba del consumo (y subsidiaba la alimentación y la reproducción social de los trabajadores). Que los hombres, y no las mujeres, ocuparan los mejores puestos era el resultado de estereotipos de género acerca de los lugares adecuados para el hombre y la mujer. Además, en ausencia de regulaciones a favor de una paga igualitaria entre hombres y mujeres, tenía sentido que las mujeres, cuya capacidad de obtener recursos era mucho más reducida, fuesen las que se quedaban en la casa. De hecho, la capacidad de proveer a sus familias se ubica en el corazón mismo de la comprensión que muchos hombres tienen de su propia masculinidad.

>>

Los hombres negros e inmigrantes, cuyos salarios no eran lo suficientemente altos, quedaban excluidos del paquete del salario familiar. Por lo tanto, el fordismo privilegiaba a los trabajadores blancos de cuello azul calificados. También quedaban excluidas las mujeres que no estuvieran relacionadas con un hombre, así como aquellas cuyos hombres no ganaran lo suficiente para sostener a sus familias. Como en esta época el Estado invertía en salud, educación y la tercera edad, una buena vida estaba dentro del horizonte imaginable y muy al alcance de los varones blancos de clase trabajadora.

El declive del fordismo coincidió con oleadas de movimientos sociales de mujeres y personas de color que demandaban igualdad, salarios equivalentes, derechos reproductivos, libertad de expresión, paz y libertad sexual. Al mismo tiempo que el fordismo y el salario familiar declinaban, surgieron las familias de doble ingreso y la ideología misma del salario familiar sufrió una sacudida. Dentro del actual régimen del capitalismo globalizado y financiero la producción de manufacturas se ha relocalizado en regiones del mundo con salarios bajos, y muchos puestos simplemente han desaparecido por causa de la automatización. El nuevo régimen recluta mujeres como fuerza de trabajo asalariada, y promueve la desinversión estatal y corporativa en bienestar social.

Por más de 40 años el ingreso medio de los hombres blancos, ajustado por la inflación, se ha mantenido virtualmente estancado, mientras que el de las mujeres blancas se ha duplicado. Los ingresos de las mujeres negras se han más que duplicado, y los de los hombres negros se han elevado un poco. Incluso durante la Gran Recesión y con un modesto crecimiento económico, las mujeres blancas y negras, y los hombres negros, han hecho cierto progreso. En cambio, entre los hombres blancos todos los aumentos han ido a los ricos.

Dado que el fordismo involucraba tanto la clase como la raza y el género, la reacción a su declive se ha apreciado en las tres dimensiones: cuando los hombres blancos de clase trabajadora se quedaron sin trabajo, perdieron también su sentido de la masculinidad, su control sobre las mujeres y su antigua ventaja sobre la gente de color. Perdieron lo que creían ser. Aunque el término *aggrieved entitlement* puede parecer apropiado, creo que en realidad es inadecuado.

La descripción de la filósofa Nancy Fraser de los dos tipos de lucha política reciente en los Estados Unidos – luchas por la redistribución y luchas por el reconocimiento – resulta útil para pensar la política que emerge de estas pérdidas. Fraser define las luchas por la redistribución como disputas sobre la igualdad material – ingreso y propiedad, acceso al trabajo pagado, educación y salud. La

redistribución refiere entonces a la justicia socioeconómica. Las luchas por el reconocimiento, por su parte, refieren a las injusticias simbólicas, como la dominación cultural y la falta de reconocimiento o de respeto, y caracterizan las demandas de grupos marginalizados – gays, trans, negros, mujeres – en su búsqueda de respeto e inclusión.

Aunque Fraser hace una distinción analítica entre estos tipos de lucha, en los hechos, en la vida de la gente ambos se suelen entrelazar. En 2016 los hombres blancos sin títulos universitarios votaron por reconocimiento y redistribución: querían ser reconocidos como hombres que ya no pueden seguir manteniendo a sus familias y que, por lo tanto, temían que se les negara su derecho a ser hombres. Muchos de ellos sentían que se estaba ridiculizando su condición de blancos, acusándolos de ser prejuiciosos, mientras las mujeres se empoderaban y el Estado aparentemente favorecía a las personas de color a través de políticas de acción afirmativa.

La derecha estadounidense ha sido más proclive a comprender esta dinámica que la izquierda; fue capaz de capitalizarla y de promover narrativas culturales americanas, como por ejemplo:

- Pobres mercederos versus pobres que no merecen ser ayudados (la idea de que algunos se han empobrecido porque se les han quitado sus puestos de trabajo, mientras que otros simplemente no quieren trabajar);
- Nativismo (la preocupación de que los inmigrantes no sólo le quiten los puestos de trabajo a los mercederos, sino que también, debido a su cantidad, conviertan a Estados Unidos en un lugar menos blanco); y
- Los hombres deben ser el sostén de la familia (lo que supone que las mujeres que intenten liderar o competir deben ser puestas en su lugar).

Este exitoso despliegue de discursos de reconocimiento y redistribución crea y sostiene una política de resentimiento que caló hondo entre los hombres blancos de clase trabajadora.

Con algunas excepciones, las discusiones dentro de la izquierda estadounidense muestran una mayor desconexión entre las políticas de redistribución y de reconocimiento. Las políticas de justicia económica y cultural (por ejemplo, los baños *trans-friendly*), así como las políticas ambientales, son impulsadas por movimientos frecuentemente hostiles entre sí. Grupos como *Black Lives Matter*, que combinan las políticas de redistribución y de reconocimiento, todavía no han logrado resonancia en públicos más amplios. Aunque siempre es más difícil unir a la izquierda – por muchas razones, tanto discursivas como materiales – esta concatenación de factores ha llevado a la derecha al poder, absorbiendo a los varones blancos de clase trabajadora dentro de sus promesas. ■

Dirigir toda la correspondencia a Raka Ray <rakaray@berkeley.edu>

> Inmigración y política en la era Trump

por **G. Cristina Mora**, Universidad de California, Berkeley, EE.UU.

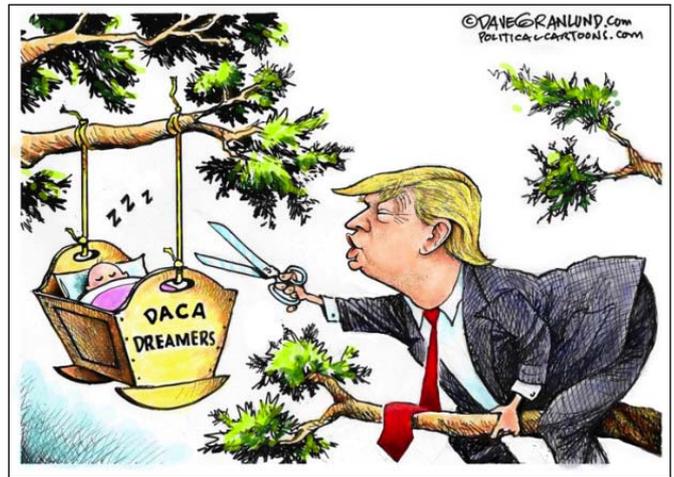


El presidente Trump está infringiendo el primer mandato de la historia de EE.UU. – ser una tierra de inmigrantes.

El período previo a noviembre de 2016 incluyó mucha retórica sobre quién había hecho grande a los Estados Unidos, y quién provocaría su ruina moral y económica. En el centro de este debate estaban los inmigrantes: declaraciones sobre “hombres malos” y “criminales” de México y de otros lugares salpicaron el discurso y la ampulosa campaña del entonces candidato Trump. Esta igualación de inmigrantes y criminales, junto con un mensaje continuo sobre el desplazamiento de los puestos de trabajo, alimentó un coro nacionalista y anti-inmigración que alcanzó su punto culminante durante la Convención Nacional Republicana, cuando Trump intervino invocando la frontera entre Estados Unidos y México frente a unas multitudes gritando “Construye un muro”.

Para muchos expertos en inmigración, este bombo publicitario pareció peligrosamente fuera de lugar por tres razones. Primero, en la última década el saldo migratorio neto ha sido igual a cero. La misma cantidad de inmigrantes se va y llega cada año, y los datos más recientes sugieren que se están yendo más mexicanos que los que llegan a los Estados Unidos. La era de la migración en masa ha terminado, a pesar del clamor político sobre una repentina invasión “ilegal” o una explosión inmigratoria. En segundo lugar, gran cantidad de investigación, incluyendo la de la Oficina de Presupuesto del Congreso de EE.UU., indica que los inmigrantes aportan una ganancia económica neta para el país. Los inmigrantes, incluso los no autorizados, pagan impuestos, y su segunda generación forma uno de los grupos más emprendedores del país. Además, los inmigrantes son menos propensos que los nativos a inscribirse en programas de asistencia pública, un hecho que muchas veces se pierde de vista entre los políticos y los blogs que advierten sobre las *welfare queens* (las reinas del asistencialismo) latinas. Por último, los inmigrantes realmente *desean* integrarse. Lejos de ser una

>>



El presidente Trump amenaza con anular las protecciones establecidas por Obama a través de la Orden Ejecutiva DACA (“Acción Diferida para los Llegados en la Infancia”) para quienes inmigraron ilegalmente a EE.UU. siendo menores de edad, conocidos como Dreamers.

amenaza cultural a la nación, la inmensa mayoría de los inmigrantes, y especialmente sus hijos, aprenden inglés. Y, si esto tuviera algún valor, la mayoría de los inmigrantes son religiosos; de hecho, la gran mayoría de los “hombres malos” mexicanos en los Estados Unidos profesan alguna fe cristiana – un hecho que alguna vez llevó a Ronald Reagan a declarar que los latinos eran republicanos, aunque aún no lo sabían.

Pero a pesar de la cantidad de hallazgos de investigación de este tipo, el bombo publicitario sobre los daños de la inmigración continúa prevaleciendo. Pero, ¿se debe esto solo a la política de derecha? No tanto. Los medios de centro y los demócratas de la corriente principal también han echado leña al fuego. A pesar de no ser tan explícitos como los medios conservadores, medios como *The New York Times*, por ejemplo, a menudo comentan más sobre los costos y crímenes de la inmigración que sobre sus beneficios para la sociedad. Y a pesar de la aprobación de la Acción Diferida para los Llegados en la Infancia (DACA, por su sigla en inglés)¹, la administración Obama llevó adelante las mismas políticas de deportación establecidas durante la administración Bush, deportando más inmigrantes que sus dos antecesores juntos, un record que le valió el título de “Deportador en Jefe”. A su favor, hay que reconocer que su administración hizo más hincapié en deportar inmigrantes recién llegados que los ya establecidos – pero esto hace poco para suavizar el golpe a los defensores de los derechos de los inmigrantes, quienes esperaban una reforma migratoria integral y se dejaron llevar por los pronunciamientos de su campaña y sus “Sí podemos”.

Y sin embargo, la idea de que los demócratas defenderían los derechos de los inmigrantes parecía promisoria en los meses previos a noviembre de 2016. Tim Kaine, el candidato demócrata a vicepresidente, sazonó su discurso en la Convención Nacional Demócrata con frases en

español, prometiendo a los inmigrantes que el Partido Demócrata priorizaría una reforma migratoria integral. Hillary Clinton realizó mítines multitudinarios en Texas y Florida, y prometió que iría a fondo con la inmigración para hacer lo que la administración Obama no había hecho. Los grupos de presión hispano/latinos se aferraron fuertemente a estas promesas, y desataron una campaña masiva para obtener votos que finalmente ayudó a conservar varios estados demócratas del sudoeste e impulsó a la primera latina al Senado de los EE.UU.

Los lobbies asiáticos no se quedaron atrás. Aunque menos numerosos que su contraparte latina, las organizaciones asiáticas constituyen una parte significativa del movimiento por los derechos de los inmigrantes. En los meses previos a la elección, estas organizaciones sostuvieron que los votantes asiáticos harían la diferencia en aquellos estados indecisos, como Virginia y Nevada. Lanzaron también impresionantes campañas de registro de votantes, y advirtieron que los demócratas serían inteligentes en hacer de la reforma migratoria un aspecto central de su programa.

Pero a pesar de estos enormes esfuerzos, los asiáticos y los latinos no pudieron cambiar los resultados electorales. El destino de la nación fue definido en pequeñas comunidades de Michigan, Pensilvania y Ohio – no en las zonas costeras de entrada de los inmigrantes. De hecho, los estados del *Rust Belt* en el centro-oeste han presenciado una duplicación de la población inmigrante desde principios de la década de 1990, dado que los inmigrantes ocuparon lugar no solo en los campos de agricultura, sino también en las fábricas. Su aspecto y su cultura “extraños” los volvió un objetivo para los políticos de derecha que necesitaban una forma de recuperar sus bases. Fue más fácil para los políticos culpar a los inmigrantes por las pérdidas de empleo y las desgracias económicas que

hablar de manera más integral sobre los mecanismos del capitalismo global y las crecientes desigualdades.

Entonces, ¿dónde deja esto a la causa por los derechos de los inmigrantes – especialmente si los hechos sobre la inmigración caen en oídos políticos sordos en Washington? La respuesta no está clara, excepto que los estados serán el ámbito inmediato de la defensa de la inmigración. California, por ejemplo, provee cobertura de salud y licencias de conducir a inmigrantes indocumentados, asegurando algo de confort y sentido de integración legal. Ciudades de ese y de otros estados se han proclamado a sí mismas “santuarios” – en un movimiento simbólico que sin embargo manifiesta resistencia a la administración Trump.

Aún así el camino es desalentador. Trump controla el mismo complicado régimen de deportación que refinó Obama, y durante su primer año de gestión ha continuado vinculando inmigración con crimen. Su prohibición de viaje a los musulmanes, por ejemplo, volvió a encender un debate nacional que vincula a los musulmanes con el terrorismo. Su indulto a Joe Arpaio, el alguacil de Arizona que violó una orden de la corte al detener inmigrantes simplemente porque no contaban con autorización, reforzó su mensaje sobre los “hombres malos”. Además, Trump quiere cancelar DACA, aún cuando el programa apunta a infantes que no han estado condenados por un crimen serio ni suponen una amenaza a la seguridad pública.

¿Es la protesta la respuesta? En 2006, cientos de miles de activistas por los derechos de los inmigrantes tomaron las calles, coreando “Hoy marchamos, mañana votamos”

y “los derechos de los inmigrantes son derechos humanos”. Ha pasado más de una década, pero ninguna de esas promesas dio frutos. Sin amnistía, los inmigrantes no se han convertido en ciudadanos con derecho a voto. Y los llamamientos de los activistas a los “derechos humanos”, o a la esperanza de que los estadounidenses vieran a los inmigrantes como parte de una ciudadanía comunitaria global, parecen tristemente inadecuados en nuestra era de nacionalismo norteamericano al estilo Trump. Y en la actualidad, los activistas temen que las futuras protestas puedan desatar un contragolpe: el número de ordenanzas locales anti-inmigrantes alcanzó su máximo después de las protestas de 2006.

La reforma migratoria es un instrumento político usado por los dos bandos. La pelea por reunificar familias y dar a los inmigrantes una chance para realizar su sueño americano es ciertamente valiosa – y los activistas por los derechos de los inmigrantes trabajan incansablemente por esta causa. Ningún padre debería ser apartado de sus hijos nacidos en Estados Unidos, y a ningún individuo se le debería negar seguridad, refugio y otras oportunidades simplemente por haber nacido del lado incorrecto de un muro. Al mismo tiempo, deberíamos reconocer que los cambios de gran escala en la política migratoria de los Estados Unidos probablemente nunca tendrán lugar, porque el sistema produce precisamente lo se espera de él. Tal como fue diseñado y puesto en práctica, provee una mano de obra cautiva que subsidia nuestros mercados globales y posibilita la explotación. Ningún alivio temporario, cambios menores en las políticas o programas de amnistía a corto plazo pueden cambiar esta dinámica más amplia. ■

¹ La Acción Diferida para los Llegados en la Infancia fue una Orden Ejecutiva de Obama que permitía a los individuos que ingresaban al país como menores de edad, y que habían ingresado o permanecido en el país de manera ilegal, recibir un período renovable por dos años de acción diferida para la deportación y ser elegibles para un permiso de trabajo.

Dirigir toda la correspondencia a G. Cristina Mora <cmora@berkeley.edu>

> El ataque de Trump contra los sindicatos

por **Ruth Milkman**, Universidad de la Ciudad de Nueva York, EE.UU., y miembro del Comité de Investigación de la ISA sobre Movimientos Obreros (RC44)



Luego de que el candidato presidencial Donald Trump apelara con éxito a las bases sindicales, los líderes de los sindicatos comenzaron a alinearse con el presidente. Aquí se ve al presidente flanqueado por líderes sindicales en la Casa Blanca.

Los obituarios para el movimiento obrero estadounidense fueron un elemento básico del discurso político de izquierda aun mucho antes del inesperado ascenso de Donald Trump a la presidencia. Por décadas, la porción sindicalizada de la fuerza de trabajo y la incidencia de las huelgas han declinado ininterrumpidamente – una tendencia que se aceleró con velocidad luego de la elección de Ronald Reagan en 1980, cuya apelación populista a la clase trabajadora blanca del *Rust Belt* prefiguró lo que sería la campaña de Trump 36 años después. Reagan obtuvo una porción apenas mayor de votantes de hogares sindicalizados (45%) en 1980 que la que consiguió Trump el año pasado (43%), un dato que ha sido borrado de la memoria pública.

Por supuesto, el declive de los sindicatos durante los años intermedios había reducido drásticamente el denominador de votantes de hogares sindicalizados. Para 2016

>>

solo el 10,7% de los trabajadores estadounidenses, y 6,4% en el sector privado, eran miembros de un sindicato, cifra en disminución desde que alcanzó su nivel máximo de cerca de 35% a mediados de la década de 1950. Las tasas de huelgas también cayeron precipitadamente desde principios de la década de 1980, y las huelgas que tuvieron lugar fueron a menudo provocadas por los empleadores para forzar a los sindicatos a renunciar a conquistas previas. Las leyes de “Derecho al trabajo” (que prohíben acuerdos sindicales dentro del sector privado) se han extendido a 27 estados hacia fines de 2016 (de 20 estados en 1975), incluyendo antiguos bastiones sindicales como Michigan y Wisconsin; y este pasado febrero se unió a sus filas el estado número 28 (Missouri). Y como todos saben, la desmovilización de sindicatos otrora poderosos ha ido de la mano con el crecimiento exponencial de la desigualdad durante los últimos 40 años.

El único ámbito positivo para los trabajadores organizados en años recientes ha sido el sector público, en el que las tasas de sindicalización son mucho más altas y relativamente estables. Pero en las postrimerías de la Gran Recesión eso también comenzó a cambiar, en la medida en que una ola de nueva legislación que limita los derechos de negociación colectiva en el sector público ganó fuerzas en los estados bajo control republicano. El modelo fue Wisconsin, primer estado en legalizar la negociación colectiva en el sector público en 1959. En 2011, el recientemente electo gobernador republicano Scott Walker impulsó un proyecto de ley que restringía radicalmente los derechos sindicales del sector público. A pesar de las masivas protestas públicas, esta medida fue aprobada y Walker, con orgullo, la convirtió en ley.

Los resultados fueron devastadores: la porción sindicalizada de los trabajadores del sector público de Wisconsin se desplomó desde 50,3% en 2011 a 22,7% en 2016. Y como muestra Gordon Lafer en su libro de 2017, *The One Percent Solution*, Wisconsin fue solo la primera ronda de una campaña sistemática de la derecha para debilitar los sindicatos del sector público en todo el país – en buena medida porque los sindicatos siguen siendo una fuente importante de financiamiento político para los candidatos políticos demócratas. A nivel nacional, la tasa de sindicalización del sector público ha caído poco, de 36,8% en 2008 a 34,4% en 2016. Pero esto cambiará en la medida en que más estados rojos (republicanos) sigan el ejemplo de Wisconsin.

Durante el primer año de gobierno de Reagan la clase trabajadora blanca fue brutalmente traicionada por un candidato que muchos de sus miembros apoyaron – habiendo sido él mismo un antiguo sindicalista. Reagan despidió a miles de controladores aéreos luego de que lanzaran una huelga en 1981 – un evento recordado desde entonces como crucial en la trayectoria descendente de las organizaciones sindicales de EE.UU. El carácter patético de este

hecho se acrecienta si se tiene en cuenta que el sindicato de controladores aéreos había adherido a Reagan en la campaña presidencial del año anterior. A pesar de que los trabajadores federales están legalmente impedidos de hacer huelga, igual las han hecho periódicamente. La respuesta draconiana de Reagan frente a los controladores aéreos no tenía precedentes en la era de posguerra. Aplastar su sindicato fue el drama laboral icónico de la era Reagan, pero la administración Reagan también dio otros pasos para debilitar a los sindicatos, e incluso eliminó por un breve periodo la recolección federal de datos sobre membresía sindical (una movida que fue rápidamente revertida debido a las protestas de las empresas).

Los discursos de campaña de Trump a menudo rendían homenaje al “hombre olvidado”, invocando imágenes físicas de masculinidad encarnadas en el trabajo manual, especialmente en la industria de la construcción en la que él hizo su propia fortuna. Al mismo tiempo, expresó desprecio hacia los empleados con educación universitaria que trabajan en escritorios o cubículos en lugar de hacerlo en fábricas u obras. La empatía retórica de Trump con la clase trabajadora blanca y su postura anti-elitista en nombre de aquellos que Clinton desestimó como “despreciables” retoman la apelación que hiciera Reagan a quienes en su época se llamaron “demócratas de Reagan”. Incluso el slogan “Hagamos a Estados Unidos grande otra vez” es una reedición del creado originalmente para Reagan en 1980.

Pero si su retórica está llena de tales ecos, las políticas laborales reales de Trump son – al menos hasta ahora – mucho menos públicas que los ataques anti-sindicales de alto perfil de Reagan. Si bien el público está fascinado por la constante corriente de tweets y discursos estruendosos de Trump sobre otros temas, así como por la interminable agitación dentro de la Casa Blanca, una agenda anti-trabajadores largamente alimentada por la derecha marcha silenciosamente sin ser advertida. De acuerdo con la retórica de campaña que arremetió contra las regulaciones que “eliminan empleos”, la administración de Trump ha dado pasos para dismantelar varias normas laborales promulgadas en los años de Obama, buscando sobre todo eliminar el aumento pendiente del umbral salarial (sin cambios desde 1975) para la elegibilidad automática del pago de horas extra. Y aunque pocas veces se lo enmarque como una cuestión “laboral”, la derogación del “Obamacare” (el programa de seguro de salud de Obama) golpearía desproporcionadamente a la clase trabajadora blanca.

Los cinco miembros nominados por Trump para el Consejo Nacional de Relaciones Laborales (NLRB, por su sigla en inglés), el organismo que gobierna la negociación colectiva del sector privado en EE.UU., son notoriamente contrarios a los sindicatos, lo que constituye otro eco de los años de Reagan. Dos de los miembros del NLRB propuestos por Trump se encuentran ya en ejercicio del cargo, y un tercero

se les unirá en diciembre cuando venza el período de un actual miembro. En ese momento los miembros designados por Trump controlarán efectivamente el Consejo; y a partir de 2018 serán revertidas casi con seguridad una larga serie de decisiones del NLRB expedidas durante los años de Obama, que resultaban favorables a los sindicatos. El candidato inicial de Trump para encabezar el Departamento de Empleo de EE.UU., el magnate de las comidas rápidas Andrew Puzder, fue obligado a retirarse, pero esto se debió a su presunta historia de violencia doméstica y a la contratación de un inmigrante indocumentado, y no a su oposición a las regulaciones del trabajo.

Sin embargo, para los sindicatos de EE.UU. la designación más importante de Trump es la de Neil Gorsuch en la Suprema Corte. Prácticamente todos los observadores esperan que el voto de Gorsuch sea decisivo en el caso *Janus contra AFSCME*, actualmente en la lista de casos pendientes. El caso, presentado por un pequeño grupo de empleados públicos de Illinois con apoyo de la Fundación Nacional de Derecho al Trabajo y el conservador Centro de Justicia y Libertad, amenaza con eliminar los honorarios de “cuota justa” o de “agencia” pagados por no-miembros cubiertos por los acuerdos de las negociaciones colectivas del sector público. La mayoría de las leyes estatales requiere que los sindicatos del sector público representen a todos los trabajadores en su negociación, no solo aquellos que se apuntan como miembros; los honorarios de cuota justa están pensados para cubrir los costos de esa representación y evitar a los “oportunistas”. Unos pocos estados (incluidos Iowa y Wisconsin) ya prohíben dichos honorarios; *Janus* ampliaría dicha prohibición a todo el país. Esto sería un golpe devastador para los sindicatos del sector público, tanto en estados controlados por demócratas como en aquellos controlados por republicanos.

No obstante, no es una conclusión ineludible que esta tendencia de mano dura se extienda a todos los trabajadores organizados. A la fecha, las relaciones de Trump

con los sindicalistas han seguido una estrategia clásica de “divide y reinarás”, siguiendo líneas fuertemente demarcadas por raza y género. El primer día de trabajo luego de su asunción, Trump invitó a un grupo de sindicalistas de la construcción a la Casa Blanca; más tarde mantuvo reuniones similares con representantes sindicales de la policía. Estos dirigentes sindicales representan una membresía que es mayoritariamente masculina y blanca. Otro aspecto del esfuerzo de Trump por atraerse a los sectores más reaccionarios de las organizaciones sindicales es su cortejo a los sindicatos que representan a los agentes de control fronterizo, cuyos rangos ya se ha encargado de ampliar. Su declarada oposición al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por su sigla en inglés) y otros acuerdos de libre comercio también ha resonado con otros líderes sindicales en lo que queda del sector manufacturero, aunque otros han cuestionado como “noticias falsas” sus afirmaciones acerca de mantener los puestos de trabajo fabriles en Estados Unidos.

Sin embargo, estas insinuaciones amigables están notablemente ausentes cuando se trata de sindicatos del sector de servicios y del sector público, compuestos mayormente por mujeres y gente de color – y en algunos casos también por trabajadores inmigrantes que Trump habitualmente denigra a través de su retórica xenófoba. Sus constantes esfuerzos por poner a los trabajadores nacidos en EE.UU. – la gran mayoría de los cuales *no* está sindicalizada – en contra de los trabajadores inmigrantes es otra estrategia, aún más ominosa, del divide y reinarás. En esto Trump se aleja claramente de Reagan, quien presidió durante la última gran reforma migratoria (la Ley de Reforma y Control de la Inmigración de 1986) y otorgó la amnistía a millones de inmigrantes indocumentados. Pero con esta importante excepción, el tratamiento que Trump da a los trabajadores y los sindicatos es similar al del “Gran Comunicador”. Si alguna vez hubo un caso de manual de la historia que se repite a sí misma, la primera vez como tragedia y la segunda como farsa, es éste. ■

Dirigir toda la correspondencia a Ruth Milkman <rmilkman@gmail.com>

> ¿Un brumario estadounidense?

por **Dylan Riley**, Universidad de California, Berkeley, EE.UU.

Napoleón III, presidente de Francia entre 1848 y 1852, prototípico líder carismático para Karl Marx, que aparece cuando la clase capitalista pierde su hegemonía.



¿ Implica la victoria de Trump un cambio fundamental en la política de Estados Unidos? Sí, pero tal vez no en el sentido que se podría esperar. Lejos de reflejar un fascismo incipiente, la presidencia de Trump representa una tendencia hacia el “neobonapartis-

mo”: la sustitución de un proyecto hegemónico por un líder carismático. Como en la versión francesa del siglo XIX, este bonapartismo tardío está vinculado con una crisis hegemónica derivada de la erosión de las bases materiales que permitieron a la clase capitalista estadounidense perseguir

sus propios intereses mientras decía representar los intereses de la sociedad en general. Esta crisis ha debilitado y fragmentado el sistema de partidos en el contexto de un Estado premoderno y una población profundamente despolitizada. Cualquier respuesta política adecuada a Trump debe tener en cuenta los aspectos institucionales económicos y políticos subyacentes que hicieron posible su elección.

> Hegemonía y crisis

Desde la década de 1930 y hasta la de 1970 – un período delimitado por dos crisis económicas – la clase capitalista de Estados Unidos mantuvo una hegemonía fordista basada en altos salarios, buenas ganancias y (relativo) pleno empleo. El largo auge de posguerra le permitió tanto a las administraciones demócratas como a las republicanas otorgar beneficios significativos a la clase trabajadora. Pero a partir de 1973 la desaceleración de la economía estadounidense socavó este régimen. Para las élites empresariales, el crecimiento rápido de la productividad y las crecientes ganancias hacían tolerable la expansión del estado de bienestar. Pero cuando la competencia de Alemania, Japón, los tigres asiáticos, y finalmente China, comenzó a reducir las tasas de ganancia, las reglas del juego cambiaron. El capital pasó a la ofensiva a mediados de la década de 1970 y ambos partidos se adaptaron rápidamente. La retracción del estado de bienestar comenzó con Carter y continuó hasta los años de Obama. La nueva fórmula hegemónica fue el neoliberalismo, que prometió libertad y autodeterminación a través del mercado para trabajadores redefinidos como consumidores. En lugar de aumentos salariales y programas sociales, las bajas en los impuestos pasaron a ser las bases materiales del consenso.

La crisis de esta fórmula neoliberal llegó el 3 de octubre de 2009, cuando los 700 mil millones de dólares del Programa de Alivio para Activos en

Problemas (TARP, por su sigla en inglés), con el que se rescató a los bancos, reveló la hipocresía de la ideología de libre mercado. Los elementos neoliberales continuaron durante la administración Obama, combinados con concesiones relativamente poco costosas en cuestiones ambientales y LGBT. Sin embargo, no se trató de una administración netamente neoliberal. Obama llevó más lejos que Bush el apoyo al capital financiero y a los ricos propietarios de activos, especialmente por las masivas transferencias financieras otorgadas a la industria de las aseguradoras como resultado de la Ley de Protección al Paciente y Cuidado de Salud Asequible (el seguro de salud comúnmente conocido como *Obamacare*). Durante la gestión de Obama se reorganizó la relación entre los propietarios y el Estado, y sectores de la economía capitalista se volvieron cada vez más dependientes del Estado.

Trump logró politizar eficazmente el colapso del neoliberalismo. A pesar de que su programa económico fue criticado por todo el espectro de la opinión respetable – Paul Krugman, columnista del *New York Times* y ganador del Premio Nobel, condenó su discurso inaugural por evocar “una distopía de colapso económico y social que poco tiene que ver con la realidad de Estados Unidos” – se puede demostrar que los problemas básicos que Trump señala son reales. En 1980 la industria todavía proveía del 22% de los puestos de trabajo, llegando al 30% en la mayoría de los condados al este del Mississippi, tanto en el norte como en el sur; en el sur de California y en el noroeste del Pacífico los trabajos vinculados con la industria aeroespacial aumentaban estas cifras. Para 2015 el empleo industrial se había desplomado a un mero 10%, afectando no solamente al famoso “Cinturón de Óxido” en la zona norte del Medio Oeste, sino también – y esto es fundamental – a los estados sureños y del lejano oeste. La desindustrialización ha tenido consecuencias sociales reales como pobreza y abuso de drogas, entre otras.

La industria estadounidense fue vaciada y el salario promedio se estancó, pero los sueldos de los directores ejecutivos se dispararon. Los intereses de la clase capitalista norteamericana se encuentran cada vez más desconectados de los de la sociedad en general. Este es el sentido específico en que la elección de Trump expresa la crisis de liderazgo de la clase dominante. La élite social estadounidense ya no puede sostener con credibilidad que sus intereses particulares coinciden con los de la mayoría de la población.

> 2016: ¿Una sorpresa electoral?

En cierto sentido, la elección de 2016 fue una sorpresa histórica. Pero tres poderosos factores estructurales la hicieron posible: la erosión del sistema de partidos que hizo posibles las revueltas de Trump y de Sanders, el carácter premoderno del Estado norteamericano y, finalmente, la extendida apatía política. El primer punto es tan obvio que no necesita gran discusión, pero los otros dos son igualmente importantes.

Las particularidades institucionales premodernas del Estado norteamericano jugaron un papel importante en la victoria de Trump. El sistema estadounidense, diseñado para proteger los intereses de la oligarquía esclavista a través de la distorsión del voto, comparte ciertos rasgos con el Imperio Alemán de Guillermo II o el Parlamento italiano en los tiempos de Giolitti: sufragio restringido, mayoría simple, barreras altas de acceso al voto y colegios electorales por cada estado. Trump ganó la presidencia a pesar de perder el voto popular por un margen de casi tres millones. En verdad, el continuo proceso de urbanización ha vuelto cada vez más evidente la distorsión *estilo ancien régime* del sistema político estadounidense.

La masiva apatía política también fue crucial. Apenas un 55% de la población en edad de votar participó de la elección. Como siempre, la parti-

cipación electoral estuvo sesgada hacia los votantes más ricos y mejor educados. Los votantes demócratas parecen haberse mantenido más alejados de las urnas que los republicanos: según un estudio, votó el 46% de los afiliados al partido republicano, contra sólo el 42% de los demócratas, y las personas de color estuvieron sobrerrepresentadas entre los que no votaron. Incluso un pequeño incremento en la participación de la base de votantes demócratas hubiera frenado a Trump.

> Consentimiento erosionado

¿Cuál es la solución que propone Trump? A la luz de su incapacidad para conseguir cambios legislativos, parece limitarse a aniquilar las “innecesarias” regulaciones ambientales y de seguridad para reducir los costos de industriales, constructores y consumidores, y así estimular la demanda. Los altos aranceles a la importación y la mano dura contra la inmigración ayudarían a maximizar el empleo industrial entre los nativos. Pero la idea de que la “regulación” es un freno importante a la inversión en Estados Unidos es grotesca.

¿Se viene una reconfiguración geopolítica? Aunque se muestre irremediabilmente inepto para generar la atmósfera que normalmente rodea a la política exterior de Estados Uni-

dos (retiro del intrascendente acuerdo de París, rechazo de las piadosas trivialidades sobre “derechos humanos” y “democracia”), no se ven grandes cambios en el horizonte: la OTAN y Japón seguirán siendo apoyados hasta las últimas consecuencias; y las guerras de Bush y Obama se extenderán indefinidamente.

> El futuro

¿Cuáles serán los nuevos patrones en la contienda política? En las relaciones internacionales, Trump planea un boom del “capitalismo de estado” motorizado por las infraestructuras, junto a una estrategia de negociación extranjera sin concesiones. Pero este proyecto parece ser intrínsecamente incoherente. ¿Cómo podría Estados Unidos incurrir en grandes déficits y al mismo tiempo tomar una actitud de confrontación con China, cuyas reservas probablemente financiarían este derroche compulsivo? Deberíamos anticipar duros enfrentamientos entre fracciones de la clase dominante con distintos niveles de acceso a los recursos del estado federal.

Trump no es un fascista porque carece de una ideología, organización partidaria y milicias; su política exterior es “aislacionista” más que expansionista en el sentido fascista clásico. Berlusconi podría parecer una comparación obvia, pero hay dos

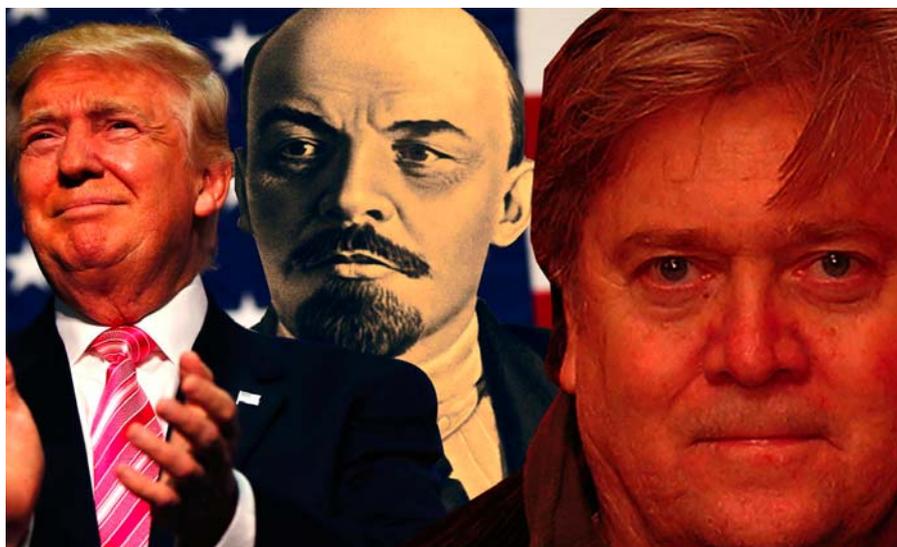
grandes diferencias. En primer lugar, el magnate italiano fue, mucho más que Trump, una criatura del *establishment*: con un gran imperio mediático a su disposición, tuvo un vínculo íntimo y directo con la clase política nacional que Trump no tiene. Pero tal vez más importante, el modelo de Berlusconi fue Ronald Reagan, y apeló al deseo italiano de llegar a una normalidad a la estadounidense. En pocas palabras, Berlusconi fue un neoliberal tardío – un molde que claramente Trump está rompiendo. Putin u Orbán podrían ser analogías más útiles. Desde esta perspectiva, Trump puede ser visto como una figura “neo-patrimonialista” que establecerá una corte informal de seguidores y los resarcirá con prebendas estatales.

Un programa económico “keynesiano trumpista” – una perspectiva cada vez más dudosa – podría canalizar recursos federales para la zona norte del Medio Oeste con la esperanza de fortalecer una coalición electoral permanente. Pero la perspectiva de reactivar el crecimiento de la economía norteamericana a través de un capitalismo de estado aparentemente anacrónico parece muy poco probable. Por otro lado, la profunda fractura entre las élites que encarna la victoria de Trump puede abrir nuevas posibilidades de un cambio progresista en los Estados Unidos. ■

Dirigir toda la correspondencia a Dylan Riley
<riley@berkeley.edu>

> El ascenso de la derecha leninista

por **Cihan Tuğal**, Universidad de California, Berkeley, EE.UU.



Steve Bannon, arquitecto intelectual de la derecha alternativa, retoma explícitamente el llamado de Lenin a destruir el Estado.

La victoria del populismo de derecha en los Estados Unidos tomó a la mitad de la nación por sorpresa. En el contexto de la historia mundial, sin embargo, no resulta tan chocante. Dicho brevemente, los ciclos de auge y caída de la era neoliberal se han agotado. La crisis económica no se traduce directamente en un problema político más amplio, pero el ataque ideológico (post década de 1970) contra toda forma de colectivismo ha privado a la humanidad de alternativas de centro o izquierda para corregir el capitalismo. La degeneración neoliberal y el persistente antiolektivismo son tendencias globales, y no diré mucho sobre ellas aquí. En las

últimas décadas, en los Estados Unidos éstas se han agravado por una migración histórica del discurso y la política populistas desde la izquierda hacia la derecha. Como resultado, la izquierda ni siquiera puede organizar un desafío populista adecuado (y mucho menos salvar el capitalismo o derrocarlo), mientras que el desafío de la derecha está lleno de energía, espíritu y promesas – si no de soluciones reales.

> La liberalización de la izquierda

La izquierda ya no puede hablar de manera convincente en tono populista. No sabe cómo. En todo caso,

la mayoría de sus ideólogos no quiere hacerlo. Para entender la escasez de matices populistas dentro de la izquierda estadounidense debemos echarle un vistazo a la prehistoria del antipulismo de nuestra era.

Rastreo esto, paradójicamente, a lo que en teoría pareció ser la revuelta más democrática del siglo XX: 1968 (tal como fue vivido en el Oeste). Junto con su anticapitalismo, 1968 fue una revuelta contra el exceso estatista y burocrático del estalinismo, la socialdemocracia y el *New Deal*. Si bien justificado en muchos aspectos, el espíritu antiburocrático de ese momento llevó finalmente a que muchos sacaran conclusiones erradas sobre

>>

la caída del estatismo y la victoria del (neo)liberalismo. 1968 fue un error necesario. La derecha se recuperó de él. La izquierda no.

Los dos mayores herederos de 1968 en Occidente – los movimientos de izquierda liberal y los autonomistas/anarquistas – desarrollaron una incurable sospecha acerca de la organización, la ideología y el liderazgo, pero también sobre hablar en nombre de las mayorías, “del pueblo”. Todo ese discurso (y política) terminó siendo catalogado como “totalizador” y totalitario (por la extrema izquierda) o “irresponsable” e inútil (por la izquierda liberal). Con la excepción del sur de Europa (donde el populismo de izquierda volvió a escena, pero sin sostén de clase, ideológico u organizacional) y América Latina, la derecha ocupó el espacio emergente.

Derrotado en los papeles, el espíritu libertario de 1968 alimentó el anti-estatismo neoliberal. Pero el resultado más nocivo fue la subsecuente división de los izquierdistas, entre el nihilismo posmoderno y el liberalismo de izquierda.

¿Cuál era el proyecto del liberalismo de izquierda? Aunque global en sus causas y manifestaciones, el liberalismo de izquierda encontró sus más puras expresiones en los Estados Unidos y Gran Bretaña. La palabra clave fue “inclusión”, que vino a reemplazar la de “igualdad”. Inspirado por sociólogos como Anthony Giddens, el nuevo centro anglófono (Nuevo Laborismo y Clintonismo) se concentró en sumar más gente a la mesa. Durante tres décadas la inclusión aumentó en términos de raza, género y orientación sexual – pero la mesa se redujo. Efectivamente, hombres y mujeres, negros y latinos, incluso musulmanes, lograron posiciones prominentes en instituciones a las que previamente casi no podían aspirar; pero la población negra y latina presa en EE.UU. aumentó, tanto como el número de musulmanes bombardeados, embargados y hambreados por los Estados Unidos.

El liberalismo de izquierda se dirigió a las minorías (más comunes) a través de programas de protección social focalizados; pero dado que los líderes demócratas evitaron enfrentar a los tiburones, solo pudieron hacer aquello victimizando aún más a los blancos apartados de esa mesa que se achicaba. Estos blancos degradados fueron percibidos como una banda de racistas y “despreciables”; gente a la que ya no se le podía hablar (una realidad producida por el proyecto mismo).

> La autodestrucción de la izquierda y su servicio a la derecha

Como resultado de ello, las minorías ya no se movilizan ni organizan de manera sostenida (produciendo la famosa “falta” del voto negro en las elecciones de 2016 en EE.UU.); los blancos degradados desconfían de ambos partidos, pero encuentran a los liberales más aborrecibles. Hasta el ascenso de Sanders, la izquierda del establishment (tanto la izquierda liberal como los progresistas) se vio atrapada en este juego liberal de “diversidad” e “inclusión” motorizado por la élite. Estas arraigadas disposiciones políticas dejan pocas probabilidades para un escenario de *New Deal*.

¿Qué hay de la extrema izquierda? A pesar de su fuerte disgusto con relación a la izquierda liberal, muchos intelectuales y activistas radicales comparten su festejo del “fin de la ideología” y del liderazgo organizado (que resulta en “rizomas” en la izquierda y electoralismo entre los demócratas progresistas). Desde Seattle hasta Occupy, la izquierda norteamericana hizo todo lo que pudo no solo para evitar sino también para debilitar el liderazgo organizado. Entonces, cuando el centro colapsó, la derecha estaba mucho mejor preparada para responder. Antes que nada, los derechistas no abandonaron la ideología ni el liderazgo organizado. En teoría pelearon contra ambos, pero sólo mientras desarrollaban

ideologías, organizaciones y líderes de manera silenciosa.

Mientras la izquierda enterró lo que quedaba de las ideologías y las organizaciones de 1968 (aun celebrando el 1968 por su espíritu libertario y contracultural), la derecha estadounidense organizó una revuelta contra 1968. Pero a diferencia de los residuos de esa revolución que declaraba estar combatiendo, la derecha era organizada e ideológica. Su éxito para desplazar la corriente principal hacia la extrema derecha realmente se basó en las reprimidas estrategias y tácticas de un ala olvidada de 1968: una lectura particular de la teoría de la revolución de Lenin.

> El “leninismo del siglo XXI” de la derecha estadounidense

El despido de Steve Bannon – líder intelectual de la derecha alternativa – antes del primer aniversario de la presidencia de Trump cayó como un falso alivio. De hecho, la aventura de Bannon en la Casa Blanca fue solo un paso de un largo camino – la migración hacia la derecha del lenguaje, la táctica y las estrategias populistas revolucionarias de la izquierda. Bannon ha dicho: “Soy leninista. Lenin [...] quería destruir el Estado y ese es también mi objetivo. Quiero hacer caer todo y destruir el establishment actual”. ¿Pero en qué consiste este leninismo? En una democracia compleja, el leninismo solo puede mantenerse a sí mismo como un populismo de la larga revolución. Por décadas, la ciencia social ha insistido en que debido al arraigo de las instituciones, ningún tercer partido podría tener éxito en los Estados Unidos. Este mismo “hecho científico” ha dado lugar a una autoconfianza engriada entre los liberales izquierdistas y autonomistas/anarquistas (quienes encuentran allí más justificación para, respectivamente, su sumisión al neoliberalismo y su evasión de la política organizada). La extrema derecha estadounidense ha subvertido este “hecho.” Fue como si hubieran

“Soy un leninista. Lenin quería destruir el Estado, y ese también es mi objetivo. Quiero que todo se venga abajo, y destruir el actual establishment”

Steve Bannon, 2014

estado siguiendo indicaciones de una versión condensada y del siglo XXI del *¿Qué hacer?* de Lenin, comenzando con la frase: “Si no puedes construir un partido, paraliza el partido, cércalo y toma el control”. Hicieron las tres cosas simultáneamente. Nuestro imaginario y revisado *¿Qué hacer?* continuaría así: “Antes de convertirse en líderes *de jure* del partido, asegúrense de que todas las instituciones están paralizadas”. Si el Tea Party (un agrupamiento populista republicano) no hubiera paralizado el establishment republicano, este último habría podido frenar el ascenso de Trump.

El populismo de derecha estadounidense es leninismo bajo condiciones democráticas. A diferencia de los bolcheviques rusos, que tuvieron que evitar casi toda la sociedad y la política sobre el nivel del suelo, los derechistas estadounidenses abrazaron la sociedad. El *¿Qué hacer?* revisado diría entonces: “Organícense en cada célula de la sociedad. No subestimen ningún lugar de organización y política, incluso si – especialmente si – parece pertenecer al campo enemigo”. La derecha aprendió a no dejar la educación, la ciencia y la cultura al monopolio de la izquierda. “Aprópiense del terreno organizacio-

nal e ideológico de su enemigo, tanto como sea posible. Desmantelen todo aquello que no se puedan apropiar”. Comenzando con Andrew Breitbart, fundador del medio de comunicación de la derecha alternativa, la derecha lee a la Escuela de Frankfurt, se interesó de cerca a la salud, y con el ascenso de Trump y Bannon, promete puestos de trabajo e infraestructura.

Hoy la derecha leninista no puede ignorar la existencia de otras fuerzas potencialmente populistas en el mapa social, por menores que puedan ser. El *¿Qué hacer?* del siglo XXI concluiría entonces con esta frase: “Si ciertas trincheras del enemigo parecen estar más allá de cualquiera de estas tácticas, induzca a sus ocupantes hacia acciones inmaduras e ilegítimas”. Cuando la derecha alternativa llegó a principios de 2017 a la Universidad de California en Berkeley, y a otros focos de influencia izquierdista residual, los liberales salieron en su defensa (en nombre de la “libertad de expresión”) luego de que la extrema izquierda sin base de masas los atacara. El entusiasmo liberal por la “libertad de expresión” decreció un poco luego de que un derechista alternativo atropellara con un camión a una multitud antirracista

en Charlottesville, pero el *Washington Post* igualmente destacó la violencia de la extrema izquierda y las libertades de la derecha alternativa cuando ésta volvió a Berkeley en septiembre de 2017. Se matan varios pájaros de un tiro: se divide al enemigo; se exponen su confusión, su falta de voluntad y su debilidad; se empaña su reputación; y la extrema derecha se galvaniza a sí misma aún más.

Dado que “el Estado” es actualmente más complejo que lo que cualquier definición del siglo XX pueda captar, “aplastarlo” implica acciones mucho menos dramáticas que en 1917, al menos por ahora. Todavía no sabemos lo que la derecha se reserva para el momento en el que las instituciones existentes se encuentren totalmente incapacitadas, pero podríamos descubrirlo pronto. Inmediatamente después de su renuncia, Steve Bannon le declaró la “guerra” a sus enemigos, y agregó jocosamente que está retornando a sus “armas” (refiriéndose a los medios electrónicos). Una revolución populista en una tierra de liberalismo arraigado (aunque decadente) es una batalla cuesta arriba, y está condenada a sufrir reveses. Pero el show está lejos de terminar. ■

Dirigir toda la correspondencia a Cihan Tuğal
<ctugal@berkeley.edu>

> Dolencias democráticas en Brasil y Sudáfrica

por **Gay W. Seidman**, Universidad de Wisconsin-Madison, EE.UU. y miembro del Comité de Investigación de la ISA sobre Movimientos Obreros (RC44)



El presidente sudafricano Zuma, profundamente involucrado en escándalos financieros, aquí flanqueado por sus socios en el crimen, los hermanos Gupta.

Desde la inesperada victoria electoral de Trump, mucha tinta se ha derramado sobre los desafíos de la globalización y la amenaza del populismo autoritario, pero la mayoría de esa discusión se ha focalizado en los países ricos del Norte global. Pero ¿qué ocurre con las nuevas democracias del Sur global?

Durante los últimos 25 años, Brasil y Sudáfrica fueron orgullosos símbolos de una nueva era: después de décadas de industrialización autoritaria, dos de las sociedades más desiguales del mundo avanzaron decididamente para construir sociedades democráticas constitucionales, con líderes elegidos popularmente que balancearon los programas sociales inclusivos con crecimiento económico consistente e integración global.

En ambos países, los movimientos populares de la década de 1990 unieron a la sociedad civil, los movimientos obreros y las comunidades pobres, convirtiéndose en símbolos mundiales de una posibilidad poscolonial. En ambos, los partidos comprometidos con un cambio progresista llegaron al poder mediante elecciones democráticas, buscando equilibrar crecimiento económico y ciudadanía democrática.

Como exportadores de minerales y otros bienes primarios, ambos países se beneficiaron de los altos precios de las materias primas al inicio de la década de 2000. Los partidos populares parecían haber encontrado un balance

pragmático, manteniendo contentos a los inversores internacionales y los ciudadanos locales, conservando los lazos con la economía global mientras llevaban a cabo las nuevas políticas sociales de “ayuda a los pobres” para comunidades por mucho tiempo excluidas.

Pero hoy, golpeados por una caída en los precios mundiales de las materias primas, tanto el Congreso Nacional Africano (ANC) de Sudáfrica como el Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil están en crisis, desgarrados por acusaciones de corrupción y perdiendo rápidamente el apoyo popular. En ambos países, los graves escándalos de corrupción han atrapado a las principales figuras de los partidos. Las grandes compañías privadas sobornaron a partidos y políticos para ganar enormes proyectos de construcción y contratos públicos lucrativos, causando un descontento popular generalizado.

Por supuesto, la corrupción no es nueva en ninguna de las dos sociedades. En ambos países, la industrialización autoritaria fue promovida históricamente por arreglos políticos dentro de la élite: los gobiernos represivos estaban estrechamente vinculados con corporaciones importantes, que debían gran parte de su éxito a los favores de los políticos y los contratos del Estado.

Pero la democracia ha generado una nueva transparencia: las instituciones democráticas y los medios han

>>

revelado detalles que nunca hubieran sido visibles en el pasado. En ambos países, unidades investigativas independientes creadas como parte de las estructuras democráticas, junto con nuevas protecciones a la libertad de expresión, han revelado detalles de los niveles extraordinarios de corrupción. En las democracias, las agencias estatales y los políticos pueden ser desafiados en cortes abiertas, lo que aporta nuevos conocimientos de aquello que en otras ocasiones hubiese sido una situación normal.

En Brasil, el Partido de los Trabajadores otorgó nuevos poderes a los procuradores independientes, lo que permitió ofrecer sentencias más livianas a los testigos a cambio de evidencia – un cambio que fue central para que los procuradores pudieran revelar el gran escándalo Lava Jato y los escándalos subsecuentes, usando conversaciones grabadas que involucran a políticos de todas las corrientes. En Sudáfrica, en el marco de la constitución pos-apartheid se creó una nueva unidad de investigación independiente que es designada por el parlamento por un único período. A finales de 2016, el “Protector Público”, un defensor del pueblo creado constitucionalmente, informó sobre una red de contratos corruptos entre entidades estatales y compañías privadas, en lo que ha sido llamado “informe sobre la captura del Estado”. Desde entonces, filtraciones masivas de emails entre el gobierno y compañías privadas dieron a los medios independientes de Sudáfrica más detalles que permitieron aumentar el conocimiento público de cómo los contratos del gobierno enriquecen a los contratistas privados.

Como era de esperar, estas revelaciones provocaron indignación popular. En ambos países, las movilizaciones y las protestas masivas fueron ampliamente apoyadas por los partidos opositores – teniendo en cuenta especialmente que la caída de los precios de las materias primas ha llevado a ambos países a la recesión. Cabe señalar que los programas de ayuda a los pobres fueron financiados principalmente a través de impuestos al valor agregado y al ingreso, más que a la riqueza o la propiedad; en la medida en que la recesión se fue propagando, las nuevas clases medias urbanas hicieron sentir su enojo en los medios sociales y en las calles.

El desencanto ha dejado a la política en crisis; políticos alguna vez populares han caído en desgracia, y ninguna alternativa resulta evidente. Los barones brasileños de los medios de comunicación de derecha apoyaron a políticos conservadores en lo que muchos observadores consideran un “golpe blando”: la antigua presidenta Dilma Rousseff, del PT, fue recusada no por corrupción personal, sino por haber aprobado maniobras contables para continuar durante la recesión con los gastos de bienestar social.

Los políticos conservadores de Brasil se movieron con rapidez para consolidar su poder. El actual presidente Michel Temer (un político de derecha que fue vicepresidente



Los cargos de corrupción involucran a los líderes de los principales partidos políticos de Brasil, incluyendo al actual presidente Temer, así como al popular expresidente Lula.

de Rousseff hasta que dirigió la campaña para removerla del poder) fue vinculado mediante grabaciones de video a sobornos ilícitos y maletines llenos de dinero, pero Temer ha sido experto en mantenerse en el poder mediante el uso de oscuros mecanismos legales. El Senado, que está dominado por políticos conservadores – muchos de los cuales también enfrentan causas por corrupción – ha apoyado a Temer en todo momento, rechazando pedidos de elecciones anticipadas, y reafirmando las viejas tradiciones brasileñas de impunidad y poder de las élites.

Para los brasileños pobres, el cambio de gobierno significa cambios reales en su vida diaria y sus oportunidades. El gabinete de Temer ha desmantelado la mayoría de las políticas de ayuda a los pobres, ha recortado las pensiones y subsidios sociales, ha impuesto la austeridad en los servicios sociales, ha derogado las nuevas leyes laborales y ha limitado el gasto social de aquí en adelante.

Los escándalos han desbandado al otrora poderoso Partido de los Trabajadores. El antiguo presidente Lula da Silva, la figura más popular del partido, ha sido sentenciado a diez años de prisión por cargos de corrupción (una condena que actualmente está apelando); la base del partido

– que incluye al otrora elogiado movimiento obrero – se encuentra desilusionada y desorganizada.

La dinámica política de Sudáfrica presenta sorprendentes paralelos con Brasil. La economía del país, basada en las materias primas, ha caído en recesión, y los contribuyentes de clase media y alta se han enfurecido cada vez más sobre fondos gubernamentales malgastados. El actual liderazgo del ANC está envuelto en los escándalos, y apenas ha logrado sobrevivir a un reciente voto de “no confianza” a pesar de su mayoría parlamentaria.

La corrupción personal del presidente Jacob Zuma está bien documentada: millones de dólares del gobierno han sido gastados en su hacienda, mientras que las causas en curso en la corte y las filtraciones masivas de emails han revelado enormes contratos otorgados ilegalmente a la familia de Zuma y sus secuaces – incluyendo principalmente a los Guptas, un clan de inmigrantes recientes cuyo nombre ya es sinónimo de flagrante malversación de fondos del Estado.

Significativamente, los políticos no son los únicos malos en ninguno de los dos países. Así como en Brasil compañías de petróleo, constructoras y gigantes del agronegocio fueron atrapados pagando enormes sobornos a individuos y partidos, generalmente a cambio de onerosos contratos del gobierno, muchos negocios sudafricanos conducidos por blancos (al igual que otros más pequeños dirigidos por negros – junto con multinacionales alemanas, chinas y británicas) manipularon procesos de licitación y sobornaron individuos.

Recientes filtraciones también han llamado la atención pública sobre profesionales que trabajan para empresas internacionales de contabilidad y derecho: contadores y abogados han certificado acuerdos fraudulentos como aceptables, borrando algunas veces las ofertas para hacerlos parecer legítimos. Incluso empresas de relaciones públicas han sido cómplices: en representación del consorcio Gupta, la gigante firma británica de relaciones públicas Bell Pottinger coordinó una campaña despiadada en las redes sociales que (irónicamente) buscaba calificar a los críticos de Zuma como agentes del “capital monopolístico blanco”.

Por supuesto, el contexto y la historia importan. Mientras que los políticos de derecha en Brasil han podido echar para atrás las reformas instituidas por un gobierno elegido democráticamente, la mayoría negra de Sudáfrica no per-

mitiría nunca un retorno a la supremacía blanca del apartheid. Como en Brasil, los gobiernos elegidos democráticamente trajeron mejoras reales en la vida diaria de los hogares pobres, desde acceso a la electricidad y el agua corriente hasta transferencias monetarias y pensiones.

Pero si en Brasil el PT parece haber perdido muchos de sus adeptos de clase media, los negros sudafricanos permanecen en gran medida solidarios con los esfuerzos del ANC para ampliar los programas de bienestar. Ambos países tienen largas historias de exclusión racial, pero las políticas explícitas de Sudáfrica que afianzaron la supremacía blanca aún irritan y las lealtades políticas aún reflejan la larga lucha contra el apartheid. Además, desde que el ANC llegó al poder, muchos negros de clase media sudafricanos, todavía excluidos en gran medida de las posiciones altas en el sector privado dominado por los blancos, obtuvieron trabajos del gobierno como maestros, enfermeras, policías, burócratas o políticos, lo que cimienta el sentido de lealtad.

A pesar de todo, la lealtad al ANC se puede estar debilitando, especialmente en áreas urbanas en las que los votantes jóvenes expresan una amplia frustración por las altas tasas de desempleo, los servicios sociales deficientes y las persistentes desigualdades raciales en el bienestar y las oportunidades. Un antiguo líder juvenil del ANC, carismático (y corrupto), atrajo a muchos votantes jóvenes a su nuevo partido político, los Luchadores de la Libertad Económica (EFF, por su sigla en inglés), ofreciéndoles solo vagas promesas de cambio. Si Zuma permanece en su lugar, el ANC podría perder su mayoría parlamentaria en la próxima elección, y el autoritario-populista EFF podría ganar poder.

¿Qué viene ahora? En ambos países la amenaza de un giro antidemocrático, claramente exacerbada por la elección de Trump, parece muy real. Desde principios de la década de 1990 los ciudadanos de Brasil y de Sudáfrica podrían haber contado con aliados poderosos, especialmente Estados Unidos, para apoyar y proteger sus aún frágiles democracias. Pero con Trump, el silencio proveniente de la Casa Blanca exagera un sentido global premonitorio: ¿pueden retrotraerse los avances democráticos? Incluso sin un golpe militar, el gobierno actual de Brasil parece estar eliminando los derechos sociales de la ciudadanía instituidos por un gobierno electo; y si bien es poco probable que Sudáfrica regrese a la supremacía blanca, la amenaza de un populismo autoritario parece muy real. ■

Dirigir toda la correspondencia a Gay Seidman <gseidman@wisc.edu>

> Argentina bajo investigación

por **Juan Ignacio Piovani**, Universidad Nacional de La Plata, Argentina, y miembro de los Comités de Investigación de la ISA sobre Investigación de Futuros (RC07) y Lógica y Metodología (RC33)



Autoridades de CODESOC y Juan Piovani, director del PISAC, se reúnen con el Ministro de Ciencia y Tecnología en 2017 para discutir el futuro del Programa. Foto por el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva.

Poco después de que la comunidad científica argentina diera una entusiasta bienvenida al recientemente creado Ministerio de Ciencia y Tecnología, el ministro, un reconocido químico llamado Lino Barañao, ofreció su primera entrevista. En diálogo con el diario *Página 12*, Barañao habló de cómo la investigación científica podría potenciar la economía nacional y describió sus planes para apoyar el desarrollo de software, la nanotecnología y la biotecnología. Interrogado acerca del rol de las ciencias sociales, Barañao reconoció que deberían ser incluidas pero, comparando el conocimiento de las ciencias sociales con la teología, insistió en que solo un cambio metodológico radical convertiría a estas disciplinas en verdaderas ciencias.

Como era de esperar, el señalamiento de Barañao provocó enojo entre los científicos sociales, y el Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas

>>

(CODESOC) le pidió enseguida al Ministro que aclarara su afirmación. Los decanos esperaban alguna explicación, incluso algún tipo de disculpa. Al mismo tiempo, procuraban un encuentro cara a cara para poder explicarle lo que las ciencias sociales han hecho – y podrían hacer – para contribuir a la sociedad.

Finalmente, el Ministro accedió a asistir a una sesión plenaria del CODESOC en 2009, en la que anunció que estaba dispuesto a apoyar y financiar un gran proyecto que pudiera mostrar la contribución de las ciencias sociales con el país. Este fue el punto inicial del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC), que se desarrolla desde 2012 bajo los auspicios del CODESOC. Incluye 50 Facultades de Ciencias Sociales de universidades públicas y está financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología y por la Secretaría de Políticas Universitarias (SPU).

El diseño del PISAC planteó enormes desafíos. Pronto se volvió evidente que ningún proyecto aislado podría cumplir el amplio rango de objetivos científicos e institucionales propuestos. En cambio, un programa de investigación que reuniera a investigadores jóvenes y experimentados de todo el país en torno a una serie de ideas compartidas parecía más apropiado.

Desde los primeros días del PISAC tuvimos claro que el programa no tendría ambiciones fundacionales, sino que se basaría en la rica tradición de las ciencias sociales argentinas, que se habían expandido y consolidado desde el retorno a la democracia en 1983. Pero también reconocimos varios obstáculos: fragmentación, asimetrías regionales e institucionales, una tendencia a “metropolitanizar” los temas de investigación y las explicaciones científicas de los fenómenos sociales, dificultades para la circulación del conocimiento sociológico (dentro y fuera de la academia) y para dar visibilidad a los resultados de la investigación social, en particular a aquellos producidos en contextos regionales e institucionales más “periféricos”.

Esta evaluación crítica del desarrollo de la ciencia social argentina nos llevó finalmente a definir tres líneas de investigación que abarcaron más de diez proyectos. En efecto, el PISAC se organizó alrededor de tres cuestiones fundamentales. Por supuesto, el objetivo principal era producir un informe global de la sociedad contemporánea desde una perspectiva multidisciplinaria, con fundamentos teóricos y bases empíricas sólidas. Pero también aprovechamos esta oportunidad para examinar las condiciones institucionales y científicas bajo las cuales las ciencias sociales del país producen conocimiento y para compilar sistemáticamente el conocimiento ya disponible sobre la sociedad argentina, resultante de investigaciones previas.

Curiosamente, este esquema también parecía adecuarse a los cuatro tipos de labor sociológica planteados por Mi-

chael Burawoy: crítico, profesional, de políticas y público. El PISAC se relaciona con la sociología crítica dado que busca examinar cómo se ha realizado la investigación social en Argentina, con el fin de develar sus fundamentos y sus supuestos teóricos y epistemológicos dominantes, determinar su ajuste a – o distanciamiento de – los modelos hegemónicos de producción de conocimiento, etcétera. Pero el PISAC también tiene que ver con la sociología profesional: aborda preguntas de investigación empírica usando métodos ampliamente aceptados, y publica los resultados en revistas científicas que apuntan a un público académico. Al mismo tiempo, el PISAC pretende ir más allá del autorreferencial mundo académico: muchas de las preguntas de investigación del programa reflejan prioridades de la política pública, y se trabaja de manera cercana con organismos estatales y movimientos sociales para aportar conocimiento experto e influir en las políticas sociales. Por último, el PISAC aprovecha su alto perfil para intervenir en debates públicos, poner en cuestión interpretaciones de sentido común acerca de la sociedad y denunciar estereotipos sociales a menudo reproducidos en los medios.

Debido a nuestra preocupación por las condiciones de producción del conocimiento, prestamos atención al sistema nacional de ciencia social, focalizándonos en cuestiones como la distribución geográfica de las instituciones científicas y de educación superior, las trayectorias académicas de los investigadores, las agendas de investigación, las publicaciones científicas, etcétera. El artículo de [Fernanda Beigel](#) en esta edición de *Diálogo Global* refleja este proyecto, y analiza diferentes estilos de producción (y circulación) del conocimiento en Argentina, remarcando la brecha entre científicos que se atienen a las reglas científicas internacionales dominantes y aquellos ligados a agendas más endógenas.

En cuanto a la sistematización de resultados de investigación previos, decidimos concentrarnos en seis grandes temas: estructura social; condiciones de vida; estado, gobierno y administración pública; ciudadanía, movilización social y conflicto social; diversidad socio-cultural; consumo y prácticas culturales. Cada tema fue abordado por un equipo multi-institucional que analizó y sistematizó publicaciones académicas relevantes, produciendo un “estado de la cuestión”; estos libros ya se encuentran disponibles y una versión de acceso abierto puede descargarse de la biblioteca virtual de CLACSO en www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana y de la página web del PISAC en <http://pisac.mincyt.gob.ar>. El artículo de [Alejandro Grimson](#) en esta edición de *Diálogo Global* muestra cómo los resultados de investigación han desafiado la imagen “oficial” de Argentina como un país social y culturalmente homogéneo. Tal como señala, la investigación social ha tenido un papel importante en la construcción de una imagen más precisa de nuestra sociedad diversa, así como en el reconocimiento de las luchas de varias minorías sociales.

Finalmente, con el fin de propiciar una comprensión más global de la Argentina contemporánea decidimos llevar adelante tres encuestas nacionales, con trabajo de campo en 339 localidades de más de 2000 habitantes. El primer estudio se centró en la estructura social y las condiciones de vida; el segundo abordó las relaciones sociales; y el tercero se focalizó en valores, actitudes y representaciones. Elegimos este abordaje metodológico por varias razones. Por una parte, el financiamiento a la investigación social en Argentina se ha basado en un esquema de microsubsidios que se distribuyen en una multiplicidad de instituciones y equipos de investigación, desalentando proyectos de gran escala. Por otra parte, la abrumadora preponderancia de las aproximaciones cualitativas ha implicado un relativo abandono del análisis cuantitativo y estructural de la sociedad. Dado que nuestra (mal financiada) investigación cualitativa ha estudiado escenarios sociales muy acotados, generalmente en grandes áreas urbanas, las representaciones actuales de la sociedad argentina – al menos hasta ahora – han tendido a soslayar las evidentes heterogeneidades territoriales (y de otros tipos).

En esta edición de *Diálogo Global*, [Agustín Salvia y Berenice Rubio](#) discuten la primera encuesta, con énfasis en las estructuras de desigualdad y movilidad en Argentina y en las condiciones de vida de grupos sociales específicos. [Gabriel Kessler](#) comenta los objetivos científicos y los fundamentos de la encuesta sobre relaciones sociales, que cubre cuestiones como capital social, sociabilidad, auto-identificación y barreras sociales, relaciones sociales conflictivas, participación y acción colectiva – temas en gran medida inexplorados en el nivel societal nacional.

Ahora que los resultados del PISAC están comenzando a publicarse, las ciencias sociales argentinas enfrentan dos nuevos desafíos. Por un lado, estamos inmersos en un nuevo ciclo político marcado por el retorno a políticas neoliberales. Al igual que en muchas otras naciones, esto ya ha significado recortes en el financiamiento a la investigación. Hasta ahora, las nuevas autoridades han respaldado las iniciativas vinculadas con el PISAC y han provisto nuevo financiamiento – aunque persiste la preocupación acerca de la eventual institucionalización del PISAC dentro del Ministerio de Ciencia y Tecnología, y sobre su capacidad para continuar con la investigación social de gran escala.

Por otro lado, estamos siendo testigos del ascenso de ciertos discursos enmarcados en la posverdad, especialmente activos en las redes, que desacreditan a las ciencias sociales como ideológicas e inútiles, y por lo tanto indignas de recibir financiamiento público. De manera similar, cuando altos funcionarios de gobierno hablan con insistencia a favor de la investigación “aplicada” y del conocimiento “útil” o “instrumental”, no se ayuda a la causa de las ciencias sociales (críticas).

Sin embargo, los resultados preliminares del PISAC están recibiendo fuerte apoyo de un amplio espectro de actores sociales e institucionales: científicos sociales, universidades, organizaciones públicas, movimientos sociales, periodistas, políticos y asesores de políticas públicas. A pesar de todos los reveses, esta bienvenida entusiasta a los resultados del PISAC nos vuelve razonablemente optimistas sobre el futuro de la investigación sociológica en Argentina. ■

Dirigir toda la correspondencia a Juan Ignacio Piovani
<juan.piovani@presi.unlp.edu.ar>

> Un mapeo de las ciencias sociales argentinas

por **Fernanda Beigel**, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina, y miembro del Comité de Investigación de la ISA sobre Historia de la Sociología (RC08)



El Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas en Buenos Aires.

Foto por Juan Ignacio Piovani.

Durante los últimos 40 años se ha reconfigurado la geografía de la ciencia a través de un sistema de publicaciones que progresivamente ha establecido un lenguaje y un estilo de escritura “universal”, así como un circuito de corriente principal que da prestigio a un puñado de centros de excelencia y a ciertas disciplinas, relegando a los márgenes a comunidades científicas enteras cuyos trabajos no aparecen en las revistas vinculadas con el Instituto de Información Científica (ISI, por su sigla en inglés, ahora Clarivate Analytics/Web of Science).

Sin embargo, se está prestando creciente atención a la creación de redes académicas alternativas, incluyendo el movimiento de acceso abierto y los circuitos regionales como el de las publicaciones científicas latinoamericanas. Desde la década de 1960 las ciencias sociales de América Latina han experimentado una “regionalización” de la construcción de prestigio – con la intervención de centros regionales – así como una “nacionalización” de sus políticas científicas.

Por fuera de los circuitos internacionales, los circuitos locales incluyen muchas revistas no indexadas que se publican exclusivamente en formato impreso. Estas revistas tienen una circulación limitada, pero reflejan la persistencia de espacios académicos no internacionalizados. ¿Cuáles son las dinámicas de estos campos científicos periféricos? He argumentado que estos diferentes circuitos intelectuales crean orientaciones polarizadas, dando como resultado una élite académica “de dos caras”: una que mira hacia afuera y la otra hacia adentro.

La relación cada vez más directa entre evaluación y publicación académica promueve distintos principios de legitimación, en tanto los campos nacionales son atravesados por diversos *circuitos de reconocimiento* (todos válidos, pero con beneficios diferentes). La creciente segmentación de los circuitos intelectuales en el sistema académico mundial – y su impacto en la posición de los científicos de las periferias – no es un simple efecto de la supremacía del inglés; estos circuitos son alimentados por

culturas evaluativas competitivas y asimetrías estructurales. Un triple principio jerárquico – basado en el idioma de la publicación, la afiliación institucional y la disciplina – da forma a las desigualdades académicas.

Argentina es un caso interesante para analizar los estilos de producción y circulación. En los últimos años ha habido un considerable incremento de la inversión pública, la consolidación de varios programas doctorales y un claro énfasis “nacionalista” en los esquemas de becas y los puestos de investigación. El número de investigadores de dedicación exclusiva se triplicó en la última década, pasando de 3.694 en 2003 a 9.236 en 2015. Durante este período, sin embargo, se ensanchó la brecha entre los científicos versados en los estilos de producción dominantes en el sistema académico mundial y los que tienen una agenda más endógena.

La indexación de las publicaciones define distintas recompensas en términos de reconocimiento. Para la agencia nacional de investigación, el CONICET, las publicaciones en revistas internacionales (de corriente principal) indexadas en Web of Science o Scopus son altamente valoradas. Sin embargo, las Ciencias Sociales y las Humanidades, así como las Ciencias Agrarias en el CONICET también valoran publicaciones latinoamericanas incluidas en SciELO o Latindex. En esta cultura evaluativa, la consideración de calidad u originalidad ha perdido peso en favor de la indexación, el factor de impacto o el índice h – datos bibliométricos cuya relación con la calidad es objeto de debate.

Las publicaciones en revistas no indexadas, nacionales o locales, son generalmente reconocidas para la consolidación de carreras docentes en universidades no metropolitanas. Dentro del sistema de educación superior argentino, caracterizado históricamente por una fuerte tradición de autonomía y politización, el circuito local de reconocimiento sigue siendo un espacio muy dinámico, con cientos de revistas editadas localmente, mayormente en formato impreso, en las que los académicos locales publican sus trabajos lejos de los estándares internacionales. ¿Se trata de trabajos de mala calidad? Dado que este extenso circuito local no ha sido aún estudiado, no podemos hacer afirmaciones sobre su valor científico, aunque claramente esta orientación local prevalece en muchas instituciones, especialmente en las ciencias sociales.

Con culturas evaluativas distintas (e incluso opuestas) los científicos sociales argentinos con una orientación local y aquellos que siguen una agenda internacional coexisten con dificultad, con dos trayectos diferentes para sus carreras como investigadores (uno en el CONICET, otro en las universidades nacionales), junto con regulaciones di-

vergentes para el ejercicio del cargo de profesor en las 50 universidades nacionales del país.

> Las “cinco mejores publicaciones de la carrera”

¿Cuáles son las características de la publicación entre los científicos sociales del CONICET, donde los estándares internacionales son dominantes? Examinamos una muestra de 4.842 individuos (de un total de 7.906) que pidieron una promoción y a los que se les pidió que eligieran las “cinco mejores publicaciones de su carrera”. Esta muestra incluye más de la mitad de los investigadores activos del CONICET para el 2015 y está balanceada en términos de disciplina, edad y jerarquía, incluyendo investigadores asistentes, adjuntos, independientes, principales y superiores. La institución acepta pedidos de promoción una vez al año, y estos son voluntarios.

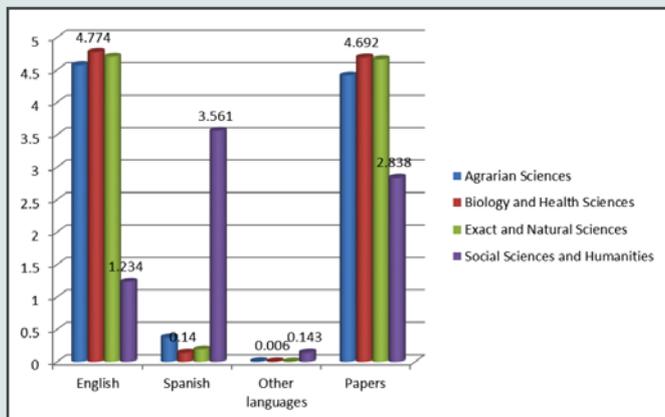
Es importante señalar que quienes piden una promoción eligen sus “cinco mejores publicaciones” basándose en lo que creen que puede impresionar a los comités de evaluación. Por lo tanto, sus decisiones nos permiten acceder al consenso sobre los criterios de evaluación dentro de la institución. En muchos casos, particularmente en Ciencias Sociales y Humanidades (CSH), las publicaciones seleccionadas no reflejan el resto de las publicaciones listadas en el currículum vitae del investigador.

La base de datos de las publicaciones seleccionadas por quienes conforman nuestra muestra de investigadores incluye 23.852 ítems, y cuenta con el título, el tipo (libro, capítulo de libro, artículo, ponencia en congreso, informe técnico) e idioma. El idioma de las “cinco mejores publicaciones” es bastante homogéneo: los trabajos en inglés son en promedio 4,02 de 5 (4,13 entre los varones y 3,91 entre las mujeres). Este promedio es un poco más bajo en la generación mayor (entre los 65 y los 85 años), pero la diferencia es mínima, lo cual indica que la escritura en inglés en Argentina data de varias décadas atrás. En términos de predominio lingüístico, la diferenciación por áreas muestra que una aplastante mayoría de las publicaciones en inglés provienen de las ciencias “duras” (en promedio, 4,77) mientras que en las CSH el promedio es de 1,23 sobre 5.

El tipo de publicación revela una variación algo mayor, con libros y capítulos de libros concentrados entre los investigadores mayores y entre los científicos sociales. Al contrario, en las cohortes más jóvenes (entre los 31 y los 44 años), 4,4 de cada 5 “mejores publicaciones” son artículos, evidenciando que el “paper” se está volviendo cada vez más dominante en todos los campos científicos. El promedio de artículos entre los investigadores de las CSH llega a 2,8 de cada 5. Desafortunadamente, no hay estu-

dios regionales o nacionales sobre la publicación de libros académicos.

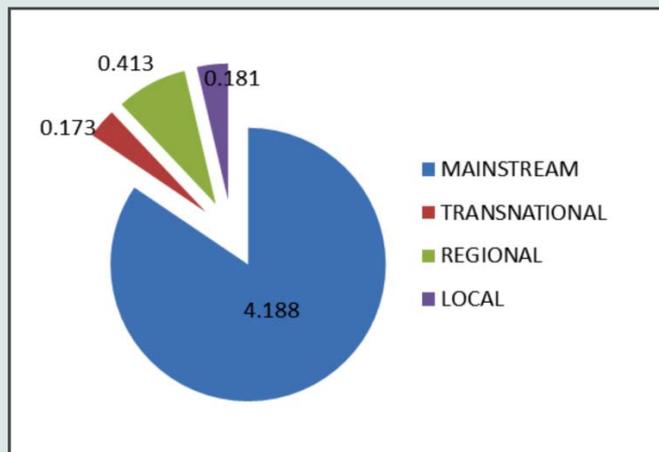
Figura 1: Las mejores cinco publicaciones de la carrera por área científica en 2015 (n=23.852) Promedios por idioma y tipo de producción (de cada 5)¹



Llama la atención que la mayoría de los 941 investigadores de las CSH incluidos en la muestra trabajen en alguna universidad nacional o en centros de doble dependencia en los que el CONICET colabora con las universidades nacionales, como la Universidad de Buenos Aires (UBA). En términos de su educación, el 33,7% consiguió su doctorado en la UBA, un poco más que el promedio de toda la muestra, y un 43,5% también realizó sus estudios de grado en la UBA, una proporción mucha más alta que el promedio general. En cuanto al género, 56% de los investigadores en CSH son mujeres, y en promedio 1,14 de cada 5 de sus “mejores publicaciones” son en inglés. Para los hombres, el promedio de trabajos en inglés es levemente mayor: 1,35 de cada 5. Si se compara con las disciplinas consideradas “feminizadas” encontramos una variación mucho mayor en la lengua utilizada, por lo que aquí tampoco el género pareciera ser un factor decisivo. Así, por ejemplo, las publicaciones en literatura son mayormente en español, mientras que las de psicología son generalmente en inglés.

¿Qué podemos aprender sobre la circulación de las “mejores publicaciones” listadas por estos investigadores? Como se puede ver en la figura 2, el 83% de las publicaciones circulan en los circuitos convencionales. Del 17% restante por fuera del circuito dominante, un 76% corresponde a investigadores de las CSH, mientras que un 24% son ponencias presentadas en congresos internacionales o registro de propiedad intelectual.

Figura 2: Promedio de las cinco mejores publicaciones por circuito en 2015 (n=7.071)



Las ciencias sociales en el CONICET se adecúan a un patrón general de evaluación de la calidad de los artículos que se basa en la indexación más que en la originalidad. A pesar de que esta área presenta menos publicaciones en el circuito de corriente principal, la prioridad dada a la indexación regional es notable. SciELO, Latindex y los sistemas transnacionales como DOAJ y Dialnet son los repositorios en los que se indexan la mayoría de las publicaciones de las CSH. Las publicaciones realizadas en Argentina representan un 7% del total, y un gran número de ellas corresponde a las CSH. La tendencia dominante en estas disciplinas es publicar en español o en portugués en revistas latinoamericanas indexadas mayormente en Latindex.

En sus CV completos, la mayoría de los investigadores en CSH incluyen muchas más publicaciones locales que internacionales, pero el presente estudio sobre sus “cinco mejores publicaciones” nos da un panorama sobre el creciente consenso dentro del CONICET sobre lo que implica un trabajo científico de prestigio – aun cuando este estudio no sugiere que estas creencias determinen completamente las trayectorias de estos investigadores. El CONICET se ha expandido enormemente en todo el país, por lo que los criterios internacionales se hacen presentes – aunque en grados variables – en toda la comunidad académica nacional. No obstante, la distribución de prestigio en la academia argentina es un proceso complejo en el que coexisten distintos principios de legitimación y circuitos de reconocimiento. ■

¹ Los datos de estas dos figuras pueden consultarse en Beigel, F. (2010) “Social Sciences in Chile (1957-1973). A laboratory for an autonomous process of academia-building” en Alatas y Sinha-Kerkhoff (eds.), *Academic Dependency in the Social Sciences: Structural Reality and Intellectual Challenges*. New Delhi: Manohar, pp.183-212; y Beigel, F. (2016) “Peripheral Scientists, between Ariel and Caliban. Institutional Capital and Circuits of Recognition in Argentina. The ‘career-best publications’ of the researchers at CONICET” en *Dados* 59 (4): 215-255.

Dirigir toda la correspondencia a Fernanda Beigel
mfbeigel@mendoza-conicet.gob.ar

> Diversidad cultural y social en Argentina

por **Alejandro Grimson**, Universidad Nacional de San Martín, Argentina



Inmigrantes bolivianos celebran la diversidad y protestan contra el racismo hacia los inmigrantes durante la Marcha del Orgullo Gay de Buenos Aires en 2016. Foto por Federico Caruso.

Toda nación es más heterogénea en aspectos socioculturales de lo que su autoimagen sugiere, pero Argentina tal vez sea caso extremo. La mayoría de los argentinos cree que Brasil tiene más población indígena que su país; pero de hecho, según el Censo Nacional de 2010, mientras que Brasil cuenta con 850.000 personas que se identifican como indígenas, Argentina incluye a 950.000 – números que representan el 0,4% de la población brasileña y el 2,4% de la argentina.

En Argentina, el Estado ha construido la autoimagen de una sociedad europea en Sudamérica, como si todo el país (el octavo más grande del mundo) fuese una réplica del centro de Buenos Aires. Pero en décadas recientes, esta imagen se ha puesto en crisis. Las demandas de los movimientos indígenas, los nuevos cosmopolitismos, la debilidad del Estado y su aceptación gradual de perspectivas menos homogeneizadoras han coincidido con una amplia investigación en ciencias sociales que desafía la autoimagen típica del país, como europea, blanca y geográficamente centralista. Por otra parte, los investigadores han evitado todo intento por reducir esa diversidad a modelos globales asociados con el multiculturalismo neoliberal.

> El relato tradicional: europeísmo y crisol de razas

La narrativa que describe a la Argentina como un “crisol de razas” parte del proyecto nacional del Estado. De acuerdo con este relato, los argentinos “bajaron de los barcos” (españoles, italianos, polacos, etc.) – una visión que se limita a, y naturaliza, el carácter blanco europeo prevaeciente en la población. Esto se complementa con la aparente ausencia de personas indígenas y de afrodescendientes, como parte de una visión hegemónica ligada a la organización espacial del país, privilegiando un punto de vista centralista y “porteño” (es decir del residente de Buenos Aires).

>>

Como en Brasil, el supuesto crisol de razas no incluye personas indígenas y afroargentinas, sino solo “razas” derivadas de las nacionalidades europeas. Desde finales del siglo XIX, el Estado argentino buscó crear una nación “civilizada” promoviendo la inmigración y el progreso económico, y desarrollando la educación pública. Este proyecto descansaba sobre la supuesta capacidad de la inmigración europea de sustituir los hábitos culturales de la población nativa – vista, desde la perspectiva dominante, como el principal obstáculo al desarrollo.

La presión del gobierno para construir una nación étnicamente definida y con una cultura homogénea, junto con su capacidad efectiva para generar inclusión social, implicó que cada variación o particularidad fuese vista como negativa – o, directamente, invisibilizada. Mientras ese proyecto homogeneizador tuvo éxito, la etnicidad fue un tema político prohibido, fuertemente desalentado por las instituciones.

Por lo tanto, la Argentina se desarrolló sobre la base de un pacto que proveía dos significados totalmente diferentes de “igualdad”: la invisibilización de toda diferencia étnica y la uniformidad cultural como precondition para el acceso a las promesas de ciudadanía.

Mediante este pacto, todo argentino capaz de unirse a las élites o a las clases medias urbanas era “blaqueado”; cualquiera podía finalmente escapar a la discriminación. Sin embargo, una división esencial excluía a grandes grupos de trabajadores y sectores populares, considerándolos pobres, “negros,” bárbaros y “migrantes internos” – especialmente cuando participaban en eventos políticos masivos. Lo opuesto a esta barbarie era la civilización, considerada argentina, blanca, europea, educada.

Alrededor del 56% de la población actual tiene algún ancestro indígena, aunque esto no significa que hoy se identifiquen como indígenas. Argentina negó por mucho tiempo el mestizaje, junto con la presencia indígena y las heterogeneidades territoriales, religiosas y lingüísticas. Y gran parte de la historia política de Argentina proviene de esa matriz histórica de estandarización y exclusión.

El modelo civilizatorio argentino fue fuertemente binario, y la autoimagen social dicotómica ha permanecido tan robusta que continúa permeando los “hábitos del corazón” del país, incluyendo la política. Blanco o negro; civilización o barbarie; ciudad capital o provincias; peronistas o anti-peronistas.

> Racismo y clasismo

Argentina es un caso de “racismo sin racistas”. De acuerdo con un viejo mito, “en Argentina no hay racismo... porque no hay ‘negros’”. Aunque hay muy pocas personas de ascendencia africana, las expresiones

“negro” o “negro de alma” se utilizan a menudo para referirse despectivamente a los pobres, los habitantes de las villas, los trabajadores sindicalizados, los huelguistas, los fans del equipo de fútbol Boca Juniors o los peronistas.

Sin embargo, ningún partido político obtuvo votos mediante una campaña abiertamente racista o xenófoba. No todos los argentinos son racistas, ni todas las actitudes racistas son idénticas; el racismo contra los inmigrantes de países vecinos difiere del racismo contra migrantes de piel oscura de las provincias (“el interior”), contra afrodescendientes (particularmente los recién llegados de Senegal), o contra inmigrantes asiáticos y otros grupos. Asimismo, el racismo muchas veces se entrecruza con el clasismo, y la expresión “negro” a menudo sirve como sinónimo de “pobre”.

Los estudios sociales muestran que a pesar de que el racismo y el clasismo tienden a concentrarse en áreas dominadas por gente blanca con un estándar de vida alto, estas actitudes frecuentemente se incorporan en el lenguaje de las clases populares. Aún peor, la palabra “negro” se usa también en la vida cotidiana para expresar cercanía y afecto entre amigos, hijos y padres, o parejas. “Che, negro” es una expresión de cariño usada informalmente para llamar a un amigo querido.

> Heterogeneidades regionales, lingüísticas y religiosas

La sociedad argentina es profundamente heterogénea en creencias, prácticas, rituales e identificaciones. Sin embargo, la cultura hegemónica y prescriptiva de la uniformidad no solo ignora la realidad de las diferentes situaciones regionales y provinciales, sino que también minimiza las producciones socioculturales – artísticas y científicas – que cuestionan la aparente homogeneidad.

La autoidentificación de Argentina está fuertemente basada en la idea de ser hispanohablantes y católicos. La realidad, en cambio, es mucho más compleja. Lenguas indígenas como el quechua y el guaraní se hablan en algunas provincias, el chino y el coreano fueron introducidos por migrantes y ganaron visibilidad desde la década de 1980, y diferentes influencias – particularmente debido a la extensa inmigración española e italiana – han dejado huellas en las variadas formas en las que se habla el español a lo largo del país, con diferentes palabras, expresiones idiomáticas, acentos, etc. La diversidad religiosa es igualmente compleja; aunque muchos pueblos indígenas experimentaron la conversión al cristianismo, algunas creencias indígenas continúan forjando identidades, y no son pocos los argentinos que practican el judaísmo, diversos credos protestantes, religiones afrobrasileñas, islam, budismo y espiritismo.

> La diversidad sociocultural y el futuro de Argentina

A menos que los argentinos comiencen a prestar más atención a la diversidad de su país, las fases críticas que cualquier país puede atravesar – y que en Argentina parecen ser cíclicas – podrían dar pie a discursos y prácticas discriminatorias, traduciendo las diferencias en una jerarquía de moralidad, prestigio y derechos. Por décadas se asumió que la única pronunciación correcta era la de Buenos Aires, mientras que todos los otros acentos se consideraban signos de inferioridad.

En la actualidad, como país de inmigrantes, los argentinos reciben “nuevos inmigrantes” que llegan a trabajar, pero los rechazan en las interacciones sociales diarias. Pero estos “nuevos inmigrantes” no son tan “nuevos”: el principal foco de discriminación han sido las personas provenientes de países vecinos, como Bolivia y Paraguay, cuya presencia ha sido estable en Argentina desde el censo nacional de 1869: nunca menos del 2% y nunca más del 3,1% de la población total. Los hijos argentinos de estos inmigrantes son frecuentemente tratados como “bo-

livianos” – una palabra que también se suele utilizar para referirse a los migrantes del noroeste argentino, e incluso para los pobres en general.

Este fenómeno se expandió rápidamente desde la década de 1990, cuando el desempleo creció primero al 15%, y luego alcanzó un 23%. Estas ideas sobre inmigrantes que vienen a “robar trabajo” son bien conocidas en muchas sociedades, pero Argentina es atípica: la crisis económica de 2002 redujo abruptamente la xenofobia y, de hecho, en 2004 se aprobó unánimemente una ley que fortalece los derechos de los inmigrantes. Las investigaciones sugieren que los núcleos duros del racismo y del clasismo persisten, aunque generan una forma de racismo social sin expresiones políticas xenófobas.

Sin embargo, cada vez que el desempleo aumenta durante una recesión, los discursos discriminatorios tienden a ganar influencia y relevancia en los espacios públicos. Mientras la diversidad solo desestabilice la tradicional autoimagen de Argentina como europea pero no la reemplace por una visión más democrática, inclusiva e intercultural, las injusticias raciales y de clase persistirán. ■

Dirigir toda la correspondencia a Alejandro Grimson
<alegrimson@gmail.com>

> Desigualdad social

en la Argentina contemporánea

por **Agustín Salvia** y **Berenice Rubio**, Universidad de Buenos Aires, Argentina



*Barrios ricos y pobres en Buenos Aires.
Foto por Juan Ignacio Piovani.*

La mayoría de las sociedades de América Latina han estado marcadas por el subdesarrollo y fuertes desigualdades. Sin embargo, a mediados del siglo XX la sociedad argentina parecía representar una alternativa: alto nivel de urbanización, pleno empleo, cobertura universal de salud y educación, industrialización intermedia y una extendida clase media caracterizaban una sociedad relativamente integrada, con desigualdad moderada y mucha movilidad social.

>>

Pero esta sociedad cambió drásticamente, abandonando su ansiado futuro de progreso. En efecto, particularmente a finales del siglo XX, en el contexto de reformas estructurales neoliberales, la sociedad argentina no pudo evitar caer en la trampa del subdesarrollo: liberalización económica, apertura del mercado y flexibilización financiera resultaron en inestabilidad, desempleo creciente, pobreza y marginalidad social, deterioro de los sistemas de salud pública, educación y protección social.

Estos procesos dieron lugar a una sociedad marcada por profundas desigualdades, conflictos internos y descontento social, un ciclo que condujo a la crisis económica, social y política de 2001-2, la más profunda en la historia moderna de Argentina.

En contraste, durante la primera década del siglo XXI, y con la ayuda de un contexto internacional favorable, fue posible alguna reactivación económica, ocupacional, social, política e institucional. Pero este período no duró mucho: la economía se estancó y la fragmentación estructural de la sociedad se volvió evidente una vez más. Para 2015, la sociedad argentina incluía varias capas de segmentos marginalizados, pobres y excluidos. Alrededor del 30% de la población podía considerarse pobre, con un 6% viviendo en extrema pobreza, sin posibilidades de alcanzar una alimentación adecuada para el hogar. La pobreza fue exacerbada por la extendida marginalidad urbana: 35% de los hogares no tenían cloacas, 20% carecían de agua corriente y 15% residían en viviendas precarias.

En respuesta a estas condiciones de deterioro social, diferentes lecturas han oscilado entre la negación, el chauvinismo y la victimización. Con mucha frecuencia los argentinos piensan que viven en una sociedad homogénea, integrada y meritocrática, fruto de la imagen mítica y estereotipada promovida por el Estado durante el proceso de construcción de la nación, y más tarde reforzada por el desarrollo de una clase media relativamente acomodada. Pero muchos otros argentinos creen que viven en uno de los países más pobres y desacreditados del mundo, con los peores problemas sociales, políticos y económicos.

Estas imágenes contrastantes – de un pasado glorioso y un presente decadente – permean el sentido común, así como los discursos mediáticos y políticos. En este contexto, la Encuesta Nacional sobre la Estructura Social (ENES), uno de los principales proyectos del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PI-SAC), exploró dos procesos íntimamente relacionados: las estructuras de las desigualdades sociales y las condiciones de vida de la población, grupos vulnerables y segmentos sociales específicos. Dado que la Argentina carece de estadísticas sociales sólidas o de estudios estructurales comprensivos sobre la sociedad, la ENES ha realizado un gran aporte, tanto por la producción de datos primarios como por investigar cuestiones clave como la estratifica-

ción y la movilidad social, el hábitat, las condiciones de vida y las estrategias de reproducción social de diferentes regiones, sectores y grupos sociales. Igualmente importante es que la ENES ha contribuido a la construcción de una imagen de la sociedad empíricamente fundamentada, que desafía las autorepresentaciones estereotipadas y míticas.

De hecho, los datos muestran que la actual estructura social de la Argentina es heterogénea, desigual y fragmentada. En la cima, una élite política y económica compuesta por familias tradicionales y una nueva burguesía representan menos del 3% de la sociedad. Debajo de esta cúspide, una clase media-alta incluye directores de empresa, profesionales, emprendedores, productores agrícolas y comerciantes medianos, así como técnicos calificados y empleados de los sectores más dinámicos de la economía. Junto con la élite, estos segmentos constituyen alrededor de un tercio de la sociedad. Estos sectores sociales están fuertemente integrados a la cultura occidental, con niveles de educación, calidad de vida y patrones de consumo similares a los de las clases medias del sur de Europa. La mayoría de estos individuos están concentrados en la ciudad de Buenos Aires y los suburbios inmediatamente adyacentes, las principales ciudades de la Región Pampeana y los barrios cerrados de las capitales provinciales.

Luego, otro 33% de la población constituye una clase media o media-baja estancada, un estrato que incluye empleados de establecimientos pequeños, trabajadores y empleados con calificación media o baja, jubilados y algunos profesionales independientes. Aunque tienen ingresos por encima de la línea de pobreza y cierta estabilidad laboral (incluyendo afiliación al sistema de seguridad, gracias a su trabajo), este grupo presenta baja o nula movilidad social, y los individuos que lo componen son altamente vulnerables a crisis económicas y cambios tecnológicos. Dado que los servicios públicos se han deteriorado, los integrantes de esta clase media-baja a menudo buscan acceso a transporte, educación y sistema de salud privados que puedan mejorar su calidad de vida – aunque estos esfuerzos resultan a menudo infructuosos.

Por último, en la base de la pirámide, el 33% final de los argentinos combina diferentes capas: la antigua clase media empobrecida, los nuevos pobres y los excluidos. Generalmente, este estrato incluye trabajadores cuentapropistas no calificados, trabajadores informales de pequeñas empresas, jornaleros rurales o pequeños productores agrícolas de regiones periféricas. Su ingreso proviene usualmente de trabajos inestables o informales y de programas de asistencia social. Ellos son los usuarios principales de servicios públicos de mala calidad y de la deteriorada infraestructura educativa y sanitaria estatal. Tienden a vivir en suburbios empobrecidos o en grandes complejos habitacionales, particularmente en el noreste y noroeste de la Argentina.



En este último grupo, muchos hogares sufren privaciones severas, déficits de infraestructura y riesgos ambientales. Asimismo, la mayoría de los desempleados (9%) y de los trabajadores informales (30%) del país pertenecen a este segmento. También incluye el 45% de jóvenes que no han finalizado la educación secundaria, así como el 15% de niños que trabajan y el 8% de los que sufren inseguridad alimentaria severa. Adicionalmente, las mujeres de estos hogares sufren la exclusión económica, social y cultural más fuerte, y a menudo se ven obligadas a abandonar la escuela después de unos pocos años por causa de las responsabilidades domésticas o para trabajar en el mercado laboral informal.

Un equipo multi-institucional de investigadores está actualmente analizando los datos producidos por la ENES, compilando lo que podría ser el informe más completo de la sociedad argentina contemporánea hasta el momento. En la medida en que estos análisis avanzan, ellos revelan la profunda heterogeneidad y desigualdad de nuestra sociedad, señalando las variadas experiencias de pobreza y de problemas sociales relacionados. Los resultados también desafían los muy difundidos discursos neoliberales, generalizados en Argentina y en la región, que tienden a describir los logros sociales como resultado del esfuerzo individual en el marco de una sociedad meritocrática y, a su vez, a atribuir la pobreza al fracaso individual. Al analizar las frágiles condiciones de vida y la desbalanceada estructura de oportunidades de la sociedad argentina, los

datos muestran la concentración de diversas formas de desigualdad en ciertas regiones y entre ciertos grupos sociales, en una estructura social bastante rígida de la cual pocos pueden escapar.

Basados en una muestra de más de 8.000 hogares y más de 27.000 individuos de 339 localidades de más de 2.000 habitantes de todas las provincias del país, los resultados de la ENES ponen en evidencia la intersección de diversas formas de desigualdad – de clase, género, edad, región de residencia, ambiente, logro educativo, etc. Los datos proveen una imagen compleja de la sociedad, permiten generalizaciones a nivel regional y comparaciones interregionales, y ofrecen conocimiento sobre brechas y heterogeneidades sociales que habían quedado opacadas en estudios previos que solo abordaron los grandes centros urbanos.

Este tipo de estudio nos permite comprender mejor la pobreza, la marginalización y las desigualdades sociales en Argentina. Al presentar nuestros resultados no solo dentro de la academia, sino también a la opinión pública, esperamos provocar un debate democrático sobre cómo ir hacia delante. Esperamos que la información científica que hemos recolectado enriquezca los debates públicos, desafíe los discursos sociales reduccionistas y simplistas, y contribuya a definir políticas públicas que aborden los problemas sociales acumulados de la Argentina. ■

Dirigir toda la correspondencia a:
Agustín Salvia <alegrimson@gmail.com>
Berenice Rubio <beer.rubio@gmail.com>

> Explorando el capital social en Argentina

por **Gabriel Kessler**, Universidad Nacional de La Plata, Argentina, y miembro de los Comités de Investigación de la ISA sobre Estratificación Social (RC28), Investigación de Futuros (RC07) y Psicología Social (RC42)



Un grupo de jóvenes baila en la marcha del Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia de 2016, cuando se cumplieron 40 años del golpe militar. Miles de argentinos participan activamente en manifestaciones públicas, especialmente en favor de los derechos humanos. Foto por Juanjo Domínguez.

¿ Cómo son las relaciones micro-sociales en Argentina? ¿Qué variaciones se presentan dentro del país, y cómo se comparan con otras regiones del mundo? ¿Qué influencia ejerce el pasado del país y el más reciente período neoliberal? La Encuesta Nacional sobre Relaciones Sociales (ENRS) del PISAC (Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea) se propone explorar estas preguntas, centrándose en el capital social, la sociabilidad, la autoidentificación y las barreras sociales, las tensiones, la participación y

>>

la acción colectiva. Teniendo en cuenta su temática y su cobertura geográfica, se trata de un estudio pionero que ofrecerá nueva información sobre Argentina y puede servir de ejemplo para estudios similares en otros países de América Latina.

Los estudios previos en nuestro país han focalizado las redes y el capital social desde una perspectiva tradicional, analizando las redes de ayuda en los sectores desfavorecidos, por ejemplo, luego de la crisis del 2001. A la hora de diseñar la ENRS hemos tomado elementos de los estudios internacionales, esperando poder establecer comparaciones, pero también ajustamos los indicadores para reflejar las características locales. Luego de las recientes pruebas piloto (tanto cualitativas como cuantitativas), nuestro trabajo de campo está planeado para noviembre de 2017. Presentamos aquí las principales ideas e hipótesis que sostienen esta investigación comprehensiva sobre las relaciones micro-sociales en Argentina.

¿Cómo varían las redes personales de individuos de diferentes grupos sociales? ¿Se pueden reconocer patrones o regularidades? Y de ser así, ¿cuáles son estos patrones? Para responder estas preguntas utilizamos un “generador de ‘nombres’” que permite reconstruir las redes sociales personales de los entrevistados. Un punto clave es identificar los trazos dejados tanto por la sociedad más cohesiva del pasado como por la reciente fase neoliberal (como describen [Salvia y Rubio](#) en este número, DG7.4). En particular, nos preguntamos si las redes sociales de personas mayores son más heterogéneas que las de las generaciones más jóvenes, cuya socialización se dio en una sociedad más fragmentada. Por otro lado, tanto en países desarrollados como en América Latina, la evidencia internacional tiende a mostrar que cuanto más se desciende en la estructura social, las redes personales incluyen cada vez más parientes y relaciones espaciales cercanas. Nuestra hipótesis es que otros criterios de diferenciación – como la afiliación política y las afinidades culturales y de consumo – se solapan con los clivajes de clase. También son relevantes los cambios en las relaciones de género, y esperamos encontrar mayor diversidad en las redes de las mujeres más jóvenes, dado el incremento de su participación en todas las esferas de la vida social. A su vez, intentaremos ver si el mayor vínculo de los jóvenes con el mundo virtual resulta ser una influencia para sus redes más allá de Internet. El estudio explorará, además, las diferencias entre las regiones más modernas y más tradicionales del país.

¿Qué entendemos por capital social? ¿Cómo podemos medirlo? Este es el tema del segundo módulo de la encuesta. Tomamos la idea de capital social con seriedad, y lo definimos en términos de relaciones y recursos. En realidad, no todas las relaciones tienen el mismo “valor”, en la medida en que su “valor” depende de la cantidad y calidad de recursos que ellas son capaces de movilizar.

En plena era neoliberal las organizaciones multilaterales parecían haberse “olvidado” de esto; muchos diseñadores de políticas asumieron que los pobres podrían acudir a las relaciones sociales cercanas (que ellos llamaron “capital social”) para sobrellevar situaciones críticas, sin considerar que su relativa falta de recursos impugnaba la idea misma de capital.

En América Latina coexisten dos ideas opuestas sobre esta cuestión. Por un lado, la perspectiva clásica de la economía moral (vinculada con la obra pionera de la antropóloga chilena Larissa Lomnitz en la década de 1970) afirma que los sectores sociales que se ven imposibilitados para satisfacer sus necesidades a través del mercado o del Estado, construyen redes para sobrevivir. Por lo tanto, un aumento en la marginalidad haría esperar redes de subsistencia más fuertes. Por otro lado, tomando la idea de desafiliación de Robert Castel, se aceptó ampliamente durante el neoliberalismo que la exclusión del mercado laboral se correlaciona con el deterioro social. Además, la exclusión del trabajo también socaba las relaciones micro-sociales, más que fortalecerlas. Nuestra hipótesis es que ambas explicaciones pueden ser válidas entre los sectores sociales más postergados. El desafío es explicar por qué encontramos desafiliación en algunos casos y fortalecimiento de las redes sociales en otros.

También exploraremos los vínculos entre redes y recursos: qué circula, entre quiénes y de qué maneras. Los intercambios incluyen mercancías, contactos laborales, cuidado, consejo y apoyo de distintos tipos. Esperamos entender las diferencias en los recursos que intercambian los distintos grupos sociales. A su vez, nos interesa explorar cómo circula el dinero: préstamos, regalos, pagos a terceros, etc. Queremos examinar lo que se da y se recibe, para así poder mapear la circulación y la reciprocidad. En este punto tomamos nuevamente la idea de capital social en serio, y buscamos lo que llamamos el “contacto dorado”: esa relación que tiene una situación privilegiada por su poder, dinero y/o contactos y que ha hecho algún tipo de favor muy especial en momentos claves.

¿Cómo son las diferentes formas de sociabilidad? Esta es la pregunta del cuarto módulo, que se focaliza en la amistad, la familia y los contactos más expresivos, ya sea cara a cara o virtuales, en los que no hay capitales ni intercambios en juego. Nos interesa además el tipo de relación y la frecuencia del contacto que los distintos grupos sociales tienen con sus familiares.

En cuanto al mundo virtual, se prevé encontrar que lejos de llevar a un descenso de la sociabilidad, las relaciones virtuales y cara a cara se refuerzan, particularmente entre los jóvenes. Pero dado que Argentina es un país con una intensa vida social urbana, nos interesan también los lugares de encuentro y los espacios en los que se despliega la sociabilidad. Exploramos también los vínculos con per-

sonas de otros países, con la hipótesis de que serán más fuertes entre la población migrante y entre las clases altas, dadas sus conexiones internacionales. La amistad es un valor fundamental en la sociedad argentina; nos interesa determinar cómo se origina y en qué espacios, tomando en cuenta las diferentes esferas de socialización.

El módulo sobre autoidentificación y barreras sociales indaga en las formas en que se dan estos procesos y su vínculo con la construcción de redes. En este sentido, esperamos poder determinar qué prejuicios y estereotipos sirven como barreras a la hora de establecer redes de relaciones. Además, dado que los conflictos son parte de las relaciones micro-sociales, el estudio examina los tipos de conflictos y relaciones problemáticas, incluyendo todas las formas de violencia y agresión.

Por último, pero no menos importante, también examinamos las organizaciones a las que las personas pertenecen, el tiempo que invierten en ellas y las actividades que llevan adelante, como un modo de sondear la parti-

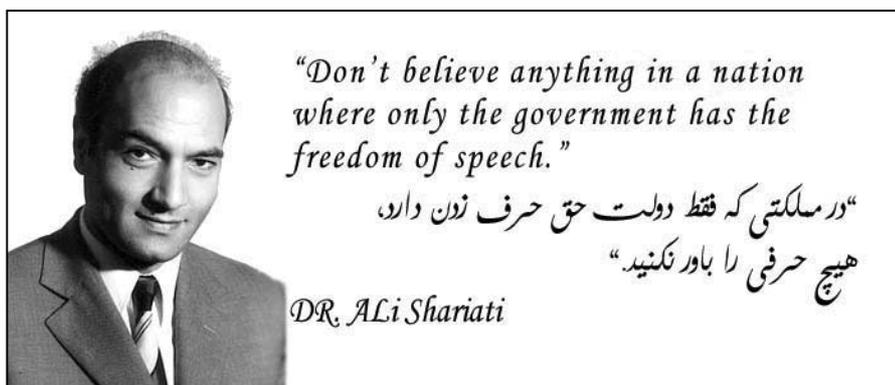
cipación. En general, los estudios previos sugieren que el nivel de participación en organizaciones es más bien bajo, por lo que estamos interesados en preguntar si las redes sociales han transformado esta situación, buscando también comprender formas muy particulares y discontinuas de participación que los estudios tradicionales tienden a pasar por alto.

Estas son sólo algunas de las dimensiones y temas que la ENRS intenta captar. Junto con los otros proyectos del PISAC, esperamos desarrollar, por primera vez, un retrato profundo de la sociedad argentina. Esto permitirá no sólo conocer mejor nuestra sociedad, sino también involucrarnos de forma más activa en los debates internacionales que se dan hoy en día dentro de la sociología. Y no menos importante, esperamos que el estudio sienta las bases para una renovada participación en los debates públicos y un mayor compromiso con el desarrollo de políticas públicas basadas en el conocimiento de las ciencias sociales. ■

Dirigir toda la correspondencia a Gabriel Kessler
<gabriel_kessler@yahoo.com.ar>

> Ali Shariati, un olvidado sociólogo del Islam

por **Suheel Rasool Mir**, Universidad de Kashmir en Srinagar, India



| Ali Shariati.

Ali Shariati (1933-1977) es ampliamente recordado como el Voltaire de la Revolución iraní de 1979. Nació en una familia religiosa, recibió su doctorado en 1963 en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Sorbona, y murió en Inglaterra en 1977. En París, Shariati leyó con entusiasmo el pensamiento sociopolítico y la filosofía occidental, y fue fuertemente influenciado por Karl Marx, Jean-Paul Sartre, Georges Gurvitch, Franz Fanon y Louis Massignon. Fue muy admirado en el Irán prerrevolucionario, donde se lo consideró un *enfant terrible* periférico – un “problemático marxista islámico” que debía ser silenciado. Su carácter único radica en su forma de entrelazar la religión con otros legados intelectuales.

El Dr. Ali Shariati fue uno de los muchos intelectuales musulmanes que intentaron dar respuestas a los problemas que debían enfrentar los musulmanes en el mundo moderno, dominado por Occidente. Desde su perspectiva, una nueva reorientación cultural que reconociera la agencia individual y la autonomía podría ayudar a las sociedades musulmanas a

superar las causas estructurales de su estancamiento y subdesarrollo. En su discurso anticolonialista subraya el papel de la religión como liberadora de la sociedad. Haciéndose eco del llamado de Frantz Fanon a un “hombre nuevo”, Shariati pedía un “nuevo pensamiento”, una “nueva humanidad” y una modernidad más humana que no buscara convertir el Tercer Mundo en otra Europa, Estados Unidos o Unión Soviética.

Como uno de los pensadores musulmanes más influyentes del siglo XX, Ali Shariati cumplió un rol fundamental en la articulación de un discurso de cambio político y social radical con inflexiones religiosas, durante las décadas de 1960 y 1970 en Irán. Por esta razón muchos académicos ven en Shariati un defensor del islam político. Su mirada sobre el papel y la función de la religión en un contexto sociológico, en línea con Max Weber y Emile Durkheim, fue una importante causa de separación entre Shariati y los *ulemas*. Gran parte de la obra de Shariati se enfoca en el marxismo. Utilizó conceptos marxistas como determinismo histórico y lucha de clases para

“reinterpretar” el Islam. Este “marxismo teológico”, o “marxismo teologizado”, es su contribución intelectual más innovadora. Para él hacía falta una versión modernizada del Islam para tener éxito allí donde el marxismo parecía haber fracasado.

Desde la perspectiva de Shariati, la religión en tanto *movimiento* es una moderna escuela de pensamiento/ideología, mientras que como *institución* es una mera colección de dogmas. En *Religion against Religion* [Religión contra Religión] acusó al clero por su control monopólico de la interpretación del Islam con el fin de establecer un despotismo clerical; en sus palabras, ésta sería la peor y más opresiva forma de despotismo en la historia humana, la “madre de todos los despotismos y dictaduras”. Él mismo enfatizó estas diferencias: “la religión tiene dos aspectos antagónicos. Por ejemplo, nadie la odia más que yo, pero nadie alberga más esperanzas que yo en ella”. Shariati logró producir una religión del laico radical, independiente de la tradición clerical y vinculada con la trinidad secular de revolución social, innovación tecnológica y autoafirmación cultural.

>>

Él creía que el cambio social podría tener éxito si pensadores ilustrados, la *intelligentsia*, comprendían la verdad de su fe. Esta *intelligentsia*, argumentaba Shariati, era la conciencia crítica de la sociedad, y por lo tanto responsable de impulsar su renacimiento y su reforma. En este sentido, el joven Shariati apoyaba la idea de una “democracia comprometida/tutelada”. En *Community and Leadership* [Comunidad y Liderazgo] defendió la idea de “democracia comprometida/tutelada”, que significaba que los intelectuales estaba obligados a levantar la conciencia pública y guiar la opinión pública en un período de transición luego de la revolución. En tanto activista social, siempre transmitió el mensaje de la justicia social e intentó crear sociedades basadas en la igualdad. Para Shariati las democracias existentes

eran minimalistas. Su maximalismo apelaba a la democracia radical.

Las fuertes inclinaciones igualitarias y la constante crítica de la inequidad de clase lo convirtieron en un pensador socialista. Sin embargo, el socialismo no era para él un mero modo de producción, sino una forma de vida. Criticaba el socialismo de estado que rendía culto a la personalidad, al partido y al Estado, oponiéndole un “socialismo humanista”. Según Shariati, la legitimidad estatal proviene de la razón pública y de la libre voluntad colectiva del pueblo. Para él, la libertad y la justicia social debían complementarse con una espiritualidad moderna. Su trinidad de libertad, igualdad y espiritualidad es una contribución novedosa a las “modernidades alternativas”.

El legado de Shariati y sus seguidores contemporáneos contribuyó a la deconstrucción de falsas oposiciones como Islam/modernidad, Islam/ Occidente y Oriente/Occidente. Al proponer una tercera vía entre estos extremos, el pensamiento de Shariati tiene puntos en común con otros reformismos contemporáneos, incluyendo el liberalismo islámico de Abdolkarim Soroush y Abdullahi Ahmed An-Na'im. Las contribuciones de Ali Shariati a la sociología tomaron como premisa la continua dominación de la civilización occidental sobre las sociedades no occidentales. Muchas de sus obras siguen siendo tan útiles y relevantes en la actualidad como lo fueron cuando las escribió. ■

Dirigir toda la correspondencia a
Suheel Rasool Mir <mirsuhailscholar@gmail.com>

> La edición china

de *Diálogo Global*



Jing-Mao Ho.

Jing-Mao Ho se unió a *Diálogo Global* en 2010 cuando era asistente de investigación de Dung-Sheng Chen, Profesor Distinguido de Sociología en la Universidad Nacional de Taiwán. Dr. Chen supervisó el trabajo de traducción y edición durante los primeros años (algunas veces junto con Mau-Kuei Chang, becario de investigación de Sociología en la Academia Sínica, Taiwán). Jing-Mao Ho ha disfrutado enormemente y ha aprendido mucho traduciendo *Diálogo Global* del inglés al chino (tanto tradicional como simplificado) desde la primera edición del volumen 1. Actualmente es doctorando en Sociología en la Universidad de Cornell, EE.UU., luego de recibir un máster en Ciencias Informáticas y otro en Sociología en la Universidad de Taiwán. Su tesis de maestría sobre las luchas simbólicas de los intelectuales públicos fue premiada como la mejor tesis de maestría por la Asociación Taiwanesa de Sociología. Su tesis doctoral desarrolla una aproximación comparativa e histórica para examinar la relación entre la estadística y la construcción del Estado-nación. También investiga temas de sociología política, estudios de la ciencia y la tecnología, sociología transnacional, metodología cuantitativa y teoría. ■

Dirigir toda la correspondencia a Jing-Mao Ho <hojingmao@gmail.com>